

922.283
S 586e
1999
c. 2



069307

Composición
CARLOS ESCOBAR

Secretaria de Redacción
ALEJANDRA RAMÍREZ V.

Fotografías
FUNDACIÓN CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Impresión
LOM EDICIONES LTDA.
TEL.: 672 22 36

Patrocinio
FACULTAD DE ADMINISTRACIÓN Y ECONOMÍA
UNIVERSIDAD CATÓLICA CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Indice

Presentación	5
Una Palabra de amor a Chile <i>Cardenal Raúl Silva Henríquez</i>	7
Profeta Formador de una Cultura Nueva <i>Monseñor Tomás González M.</i>	9
Raúl Cardenal Silva Henríquez <i>P. Juan Edmundo Vecchi</i>	11
Don Raúl, Cardenal <i>P. Jesús Rodríguez</i>	15
Don Raúl, Educador <i>Monseñor, Jorge Hourton</i>	17
El ejemplo de Don Raúl <i>José Zalaquett</i>	20
Don Raúl y los Derechos Humanos <i>P. José Aldunate S.J.</i>	23
Ideas básicas sobre el pensamiento económico social del Cardenal Raúl Silva Henríquez <i>Juan Guillermo Espinosa</i>	29
Don Raúl y los Trabajadores <i>Monseñor Alfonso Baeza</i>	35
Cardenal Silva y los Campesinos <i>Iván Radovic P.</i>	39
El Cardenal, El político <i>Gonzalo Cowley</i>	42
El Cardenal de la Esperanza <i>Fernando Quilodrán</i>	44
Don Raúl y la Universidad Católica de Chile <i>Alvaro Ramis</i>	46

Cardenal Raúl Silva Henríquez, un hombre de Dios <i>Jaime Escobar M.</i>	49
Raúl Silva Henríquez El Hombre y sus Circunstancias <i>Armando de Ramón</i>	51
Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez <i>Sergio Torres P.</i>	63
Conquistado por Don Bosco <i>P. Natale Vitali F.</i>	65
Fragmentos del Pensamiento Económico del Cardenal Raúl Silva Henríquez <i>Reinaldo Sapag</i>	67
Don Raúl desde el mundo Juvenil <i>Oswaldo Badenier M.</i>	73

PRESENTACION

Cuando el pueblo de Santiago acompañaba al Cardenal Raúl Silva Henríquez desde la Iglesia de la Gratitude Nacional hasta la Catedral, coreando sin cesar "**Raúl, amigo el pueblo está contigo**", se estaba reflejando un profundo sentimiento de cariño y reconocimiento a un Pastor ejemplar de la Iglesia chilena que supo ver la realidad social y, en consecuencia, actuar a la luz del Evangelio.

Para el Consejo Editorial de la Revista "**Reflexión y Liberación**", junto a la **Fundación OCAC**, es un honor entregar estos testimonios recopilados en "**Cardenal Raúl Silva, un Hombre de Dios**". Lo hacemos como un signo de vida para la acción, especialmente para las nuevas generaciones y que nos aliente en nuestro compromiso por los más pobres y excluidos que fueron los predilectos de Don Raúl, como fiel discípulo de Jesús.

JAIME ESCOBAR M.

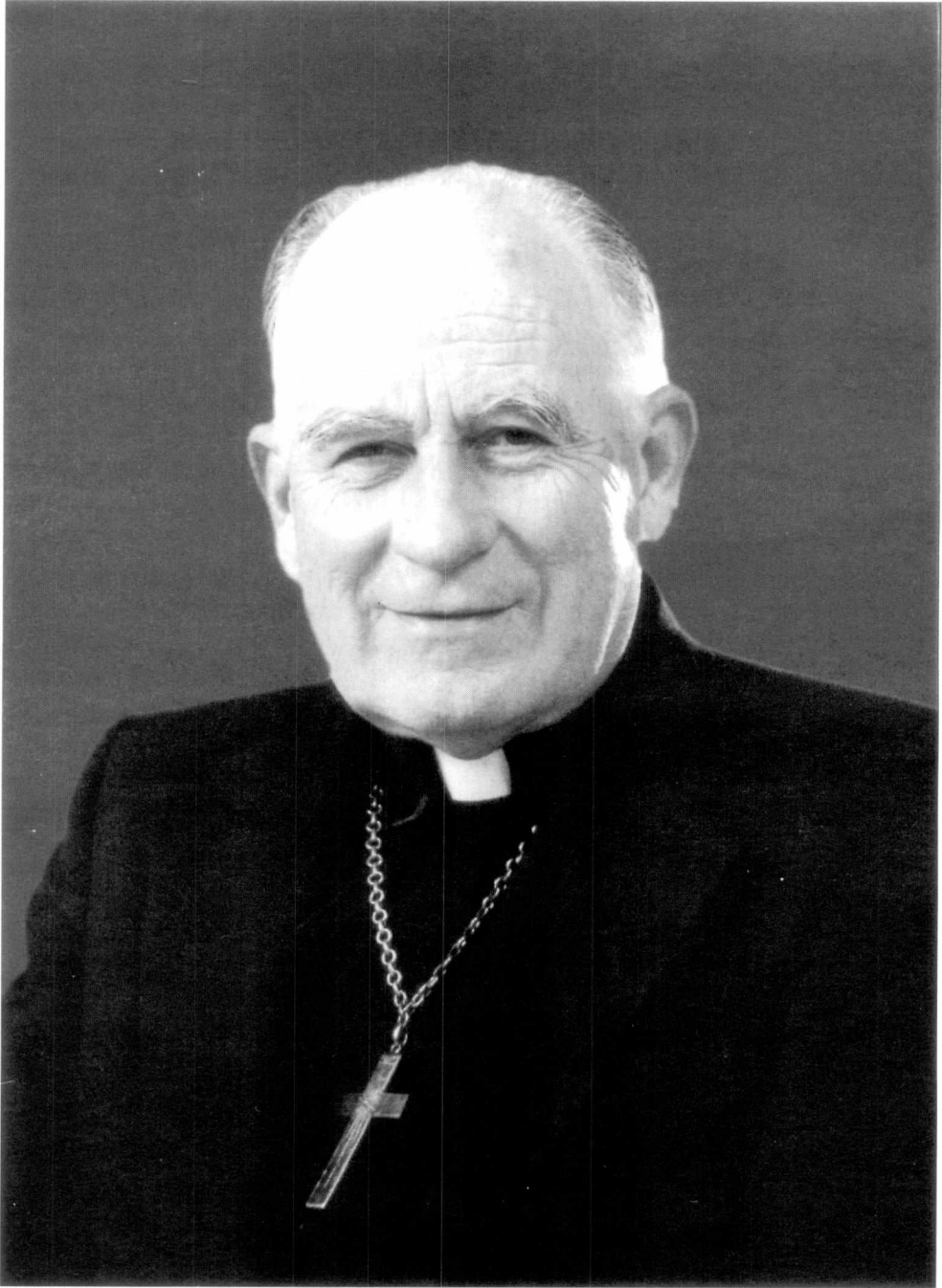
Editor

JACQUES CHONCHOL

Director

Santiago de Chile, Julio de 1999

A TRES MESES DE LA PARTIDA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ



"UNA PALABRA DE AMOR A CHILE"

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A El conocí desde niño. De El me entusiasme siendo joven. A El he buscado servir como sacerdote y como obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este: que amen al Señor. Que conozcan su palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia, la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus obispos.

Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la buena noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me han conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y

se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos a los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

*A la Virgen Santa me encomiendo,
ya que ella es el auxilio de los cristianos.*

A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor

+ **CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ**

1907 - 1999

PROFETA FORMADOR DE UNA CULTURA NUEVA

Don Raúl, que había penetrado profundamente en el alma de Chile, entregó lo mejor de su vida a esta misión.

Lo hizo con la teología como respuesta religiosa a los tiempos nuevos en el Concilio Vaticano II. Trabajó para integrar en esta sociedad a los pobres y a los desplazados fundando Cáritas y el Instituto Católico de Migración. Creó nexos de simpatía y de inclusión humana y valórica para los campesinos con la Reforma Agraria y para los obreros con la Vicaría de Pastoral Obrera. Respetó profundamente los diversos modos de pensar en los campos políticos y religiosos manifestados en el Comité Ecuménico Pro Paz y luego con la Vicaría de la Solidaridad.

Don Raúl vivió en forma absoluta su vocación de religioso salesiano. Por este motivo su actuar estaba basado en la metodología del amor.

Nuestra sociedad chilena se ha enriquecido con su presencia y las páginas de nuestra historia no pueden ignorarla o aminorarla.

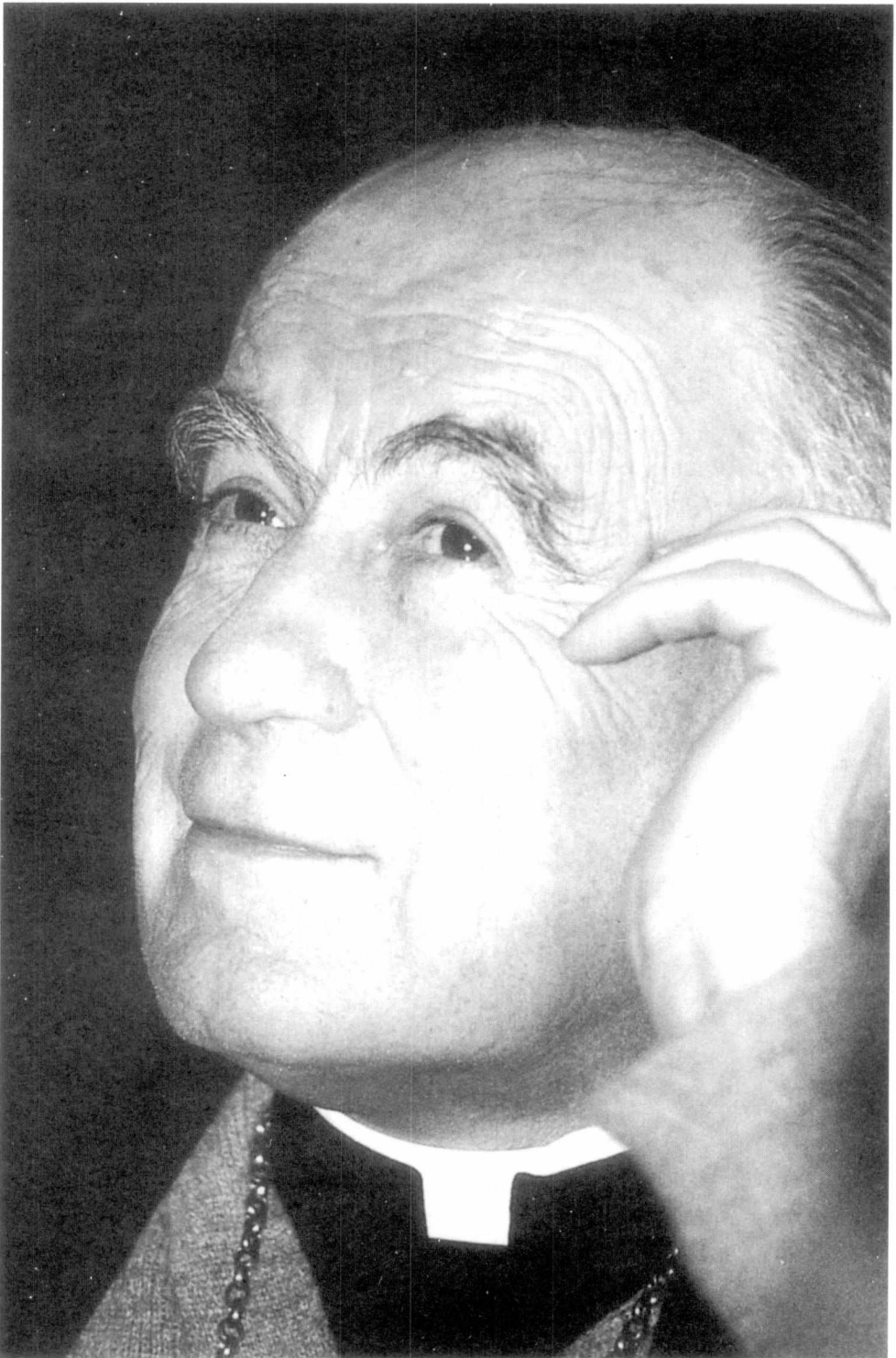
Su famosa homilía sobre el "*alma de Chile*" sigue siendo un llamado profético para construir la nación que necesitamos.

Aquí reside la fuerza del amor que hace a Don Raúl amable y bueno pero austero y exigente.

Es esta la respuesta, a veces incomprendida por algunos, que se da a la invitación del Maestro: "*Si alguno quiere ser un discípulo que tome su cruz*". Su grito más exigente fue: "*Respetemos a todos*".

TOMÁS GONZÁLEZ MORALES SDB.
Obispo de Punta Arenas

Parte de la Homilía por los 90 años del Cardenal Raúl Silva Henríquez



RAUL Cardenal SILVA HENRIQUEZ sdb

P. JUAN EDMUNDO VECCHI

Homilía pronunciada por el Superior Mundial de los Salesianos, el viernes 7 de abril en la Iglesia de «La Gratitud Nacional» en Santiago.

Fue su lema sacerdotal y de Pastor de la Iglesia de Santiago de Chile. No sólo fue su lema. Fue su manera de vivir.

La caridad se encarnó en Don Raúl, plasmó su personalidad y fructificó en mil gestos y obras a lo largo de este país.

Hoy, con la esperanza que nos infunde el misterio de la Resurrección lo encomendamos al Señor y recordamos su trayectoria como Arzobispo de Santiago de Chile; pero nosotros sus hermanos en la Congregación y en la Familia Salesiana, sobre todo como discípulo de Cristo en la vida consagrada e hijo afectuoso y auténtico de Don Bosco.

«Su fecunda labor lo pone entre los más grandes de nuestro siglo», se lee en una revista, bajo el título de un artículo que reza: «Cardenal Raúl Silva Henríquez, Hombre de Dios y Hombre de la Tierra»: (Análisis, N° 193, 21/27 Sept. 1987).

Ha sido indiscutiblemente, uno de esos hombres que, con su vida, con sus obras, con su pensamiento, se han convertido en polo gravitacional para sus semejantes.

Dentro de unos meses iba a cumplir 92 años, de ellos vivió 61 como religioso salesiano, 54 como sacerdote, 40 como obispo, 36 como cardenal de la Santa Iglesia.

El Cardenal Raúl Silva Henríquez, Don Raúl como le decían sus hermanos y amigos, el «Tío Raúl» como le decían los niños de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, había nacido en San Agustín de Talca, el 27 de septiembre de 1907, hijo de Ricardo y de Mercedes, el décimo sexto de una hermosa nidada de 19 hijos e hijas.

Según él mismo contaba, su vocación salesiana se gestó antes de su nacimiento, aunque él la descubrió ya bastante mayor, siendo universitario, estudiante de leyes.

Durante la Guerra Civil de 1891, poco faltó para que su padre fuera apresado y fusilado. Un aviso oportuno le permitió cruzar la frontera y asilarse en la vecina República Argentina, donde permaneció hasta terminado el conflicto.

Al respecto, contaba el mismo Sr. Cardenal: «en esa angustiosa circunstancia mi madre se encomendó a María Auxiliadora, y ella la escuchó. Aquel día extraordinario María Auxiliadora se cruzó, por primera vez, en el camino de mi vida; para decirlo de otro modo, hizo posible mi nacimiento. Más de treinta años más tarde, comenzaría a cobrar su tributo»: (Cavallo Ascanio, «Memorias del Cardenal Raúl Silva Henríquez», vol. I, cap. 1).

En efecto, en 1926, Raúl, joven estudiante de leyes, orientado por uno de sus compañeros de Universidad, se puso en contacto con los salesianos. Recordaba con gusto y humorismo el episodio. En pleno discernimiento vocacional, buscó la ayuda de un padre jesuita que le habían recomendado. Diversas circunstancias impidieron el encuentro con él.

De ese modo llegó donde el Salesiano P. Valentín Panzarasa a pedir orientación. Antes había conocido ya a los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Talca, donde fue alumno del Colegio «Blanco Encalada» y, posteriormente, a los PP. Del Verbo Divino en Santiago.

El Padre Valentín, luego de calibrar la personalidad del joven Raúl Silva, le aconsejó que se incorporara como inspector o asistente, en el Internado «El Patrocinio de San José» hasta terminar sus estudios universitarios, y conociera así, por dentro y por propia experiencia, a los salesianos y su estilo de misión junto a los jóvenes.

Desde entonces ya no se apartó del camino de Don Bosco.

Durante más de veinte años desarrolló su vocación salesiana en los ambientes educativo-pastorales de la Congregación.

Supieron de su corazón de maestro y pastor, los Colegios «Patrocinio de San José», «Manuel Arriarán Barros» y el Liceo «Juan Bosco», más tarde como profesor y formador en el Estudiantado Teológico de La Cisterna, plasmó el corazón sacerdotal de los seminaristas salesianos de Chile y países vecinos, con su dirección, sus clases, y su testimonio eclesial que lo llevó a dar tiempo y energías para crear y apoyar interesantes instituciones de animación y de servicio, como FIDE (para la educación), INCAMI (para los migrantes), INVICA (para las viviendas) y para asumir, a pedido de la Iglesia, la dirección de CARITAS - Chile.

En 1959, el Santo Padre lo nombra Obispo de Valparaíso, y un par de años después, asume el Arzobispado de Santiago, que dirige por espacio de 22 años, en momentos muy críticos y difíciles para el País, bajo cuatro regímenes de diversos y, a veces, opuestos signos políticos. Fueron éstos, años de plenitud y de realizaciones proféticas: la reforma agraria en las tierras del Arzobispado, su participación activa en el Concilio Vaticano II, la gran misión de Santiago, la reforma de la Universidad Católica de Chile, el Sínodo Pastoral de Santiago, la reorganización de la Arquidiócesis con el desarrollo de las diversas Vicarías, en particular la Vicaría de la Educación, la Vicaría de la Pastoral Obrera, luego, cuando

las circunstancias dramáticas en que entró el País así lo pidió, la Vicaría de la Solidaridad.

En esos años conflictivos la estatura del Cardenal Silva se fue agigantando siempre más hasta convertirse en un referente fundamental de la sociedad chilena, cuya alma -el «alma de Chile»- auscultó con pasión, en cuya historia participó con un protagonismo evangélico que permitió a los pequeños y pobres, a los perseguidos y excluidos, a los trabajadores y a los dirigentes sociales más lúcidos, sentirse acogidos por una Iglesia que vitalizada por Jesucristo y por su Espíritu, se volvió espacio de amor y misericordia para todos, de verdad y justicia, de libertad y esperanza.

La «*caridad de Cristo urgía*» a Don Raúl como urgía a Don Bosco su Padre y Modelo y lo hacía avanzar hasta la temeridad, tratándose de las cosas del Reino.

Buscando conocer ese corazón salesiano y pastoral que palpitaba con la caridad de Cristo, nadie puede guiarnos mejor que su gran amigo y compañero de camino por muchos años, el Padre Egidio Viganó, de venerada memoria en nuestra Congregación y en particular en esta su Inspectoría, al llegar a ser el Séptimo sucesor de Don Bosco. Prolongando, hace algunos años una biografía sobre el Cardenal Silva, escribió esta página preciosa:

«¡Cosas grandes! ¡Tenemos que hacer cosas grandes!». Le escuché esta expresión al Padre Raúl Silva hace muchos años a la salida de una reunión del «Movimiento Familiar Cristiano», en que se había hablado de la incisividad social del celibato por el Reino, en diálogo con la importancia del matrimonio cristiano. Don Raúl concebía su vida consagrada como algo fuertemente dinámico y fecundo: una energía de la historia.

Si el matrimonio de sus padres había dado a la sociedad numerosas fuerzas de crecimiento también con flores de celibato, su personal profesión religiosa debía operar «cosas grandes». Tenía conciencia de las dotes recibidas del Señor: un corazón magnánimo, inteligencia aguda, audacia operativa. No se satisfacía con lo mediocre; apuntaba alto.

Buscó un modelo original, en quien valiera la pena inspirarse; moderno, dinámico, popular y genuinamente de Dios. Lo encontró en San Juan Bosco, el Amigo de la juventud y del pueblo.

Su espiritualidad original, abierta también a los valores de la organización y de la técnica puestos al servicio de los pobres, su santidad activa, su continua unión con un Dios que ama al hombre, su equilibrio en las complejidades de la praxis, su fuerte personalidad eclesial en las difíciles vicisitudes de esa atribulada hora histórica, lo conquistaron.

Estudió a Don Bosco: su lectura del Evangelio, su genialidad pedagógica, su criterio pastoral tejieron en él una mentalidad sacerdotal que lo guió en cada una de

las variadas etapas de su existencia. Etapas no de tiempos ordinarios, sino de vuelcos históricos en la pastoral de la Iglesia en la política de la Patria».

Hoy, al mirar la vida del Cardenal Silva desde la perspectiva de su muerte, ella aparece como un conjunto de «cosas grandes» y surge espontáneo poner en sus labios las palabras del cántico de María: «Obras grandes ha hecho en mi el Todopoderoso».

El fuerte y robusto corazón de Don Raúl, animado por la caridad pastoral y la urgencia del Reino, después de larga lucha ha dejado de latir. Pasó al Padre un buen pastor que supo dar la vida por sus ovejas, un padre tierno que supo inmolarsé por sus hijos. Su ternura no le impidió alzar la voz. No es necesario derramar sangre para morir por los demás. También las lágrimas, la incomprensión, el silencio, la intrepidez, son caminos de ofrecimiento total para lograr o afirmar la vida de otros.

Fue, sin duda, la actitud del Cardenal Silva. Supo morir de tantas maneras, una y otra vez, por su pueblo. Esas muertes suyas fueron instancias de vida para otros.

Hoy se presenta para recibir el galardón de su entrega total al pueblo que le confiara el Señor..., hoy ha culminado el ejercicio de su amor, de su caridad, para esta su tierra y su pueblo, porque como dice el Señor: «No hay amor más grande que dar la vida por el ser amado», y ésta ha sido la actitud del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Así este hijo preclaro de Don Bosco supo desarrollar y evidenciar con inteligencia, con cariño su carisma, sintiéndose plenamente realizado en el servicio del joven, del pobre, del débil, del perseguido, de quien no tuvo otra voz que la voz de su pastor que habló por él, alzó la voz por él, sufrió y también lloró por él, llevado por la caridad pastoral.

Esta Eucaristía de despedida, con que la Familia Salesiana de Chile ha querido dar su último adiós en la tierra a don Raúl, es un cántico de alabanza a Dios de quien vienen todos los bienes. Es una oración confiada para que el Padre Dios, acoja a su siervo en sus brazos misericordiosos con su perdón y su paz. Es, también, expresión de gratitud al hermano que supo con su vida y su palabra entusiasmarlos con Jesucristo, con María la Madre y Auxiliadora de la Iglesia, con don Bosco y su amor a los jóvenes y al pueblo. Gratitud al hermano que despertó y reforzó nuestra sensibilidad hacia los pequeños y necesitados y que nos animó a avanzar por caminos de creatividad, practicidad, a soñar, intentar realizar «grandes cosas».

Es esta una Eucaristía de adiós, impregnada de gratitud y también de compromiso. *El compromiso de seguir sus huellas y de abrir nuestros corazones para que la caridad de Cristo que inspiró sus pasos de Pastor siga siendo el alma de nuestra Congregación y de la Iglesia.*

DON RAÚL SILVA, CARDENAL.

P. JESÚS RODRÍGUEZ I.

Parroquia Nuestra Señora de la Victoria.

Recuerdo; que cuando Don Raúl volvía de Roma de recibir el título de Cardenal, se detuvo en Salamanca (España), en una Casa de Formación de los Padres Salesianos. Nos llamó para conversar con nosotros, a tres estudiantes de Teología, de aquella Universidad Pontificia de Salamanca. Próximos a ordenarnos de Sacerdotes. Que luego vendríamos a ejercer el ministerio a Santiago.

Nos dijo que una de las prioridades en la pastoral de la ciudad, eran las poblaciones modestas que se estaban creando en el borde de la misma; que no se podía erigir nuevas parroquias, por la carencia de presbíteros. Nos preguntó cual era nuestro deseo, y le respondimos que nos encantaría venir a las poblaciones obreras con poca presencia de Iglesia. Para este rubro pastoral llegamos a Santiago en la mitad de la década de los sesenta. El firmante lleva treinta y cuatro años en estas poblaciones: Ha sido un Don de Dios poder gastar mi vida en ellas.

Recuerdo; verle muy alegre expresándose en las reuniones de un Consejo Arquidiocesano de Pastoral, que él convocó entre los años 1968 y 1974: Le agradaban los trabajos del Sínodo de Santiago celebrado en esa década; y los documentos de Medellín que él quiso aplicar como concretización del Concilio.

Recuerdo; otra conversación en el mencionado Consejo; cuando el gobierno militar estaba en pleno apogeo; y en su momento álgido en cuanto a crímenes y torturas. «Jamás la Iglesia de Chile -, decía, - caerá en lo que cayeron muchos clérigos en algunos países europeos, en el tiempo de Hitler, Mussolini, Franco, u Oliveira Salazar». «Hablabamos cuando haya que hablar y haremos lo que como Iglesia corresponda, con la ayuda de Dios. Nos debemos al Evangelio y a la defensa de la dignidad de toda persona humana, como nos dice el Concilio».

Recuerdo; estando él ya jubilado, una conversación en Punta de Tralca, con un grupo de sacerdotes invitados a almorzar con él; explicaba en detalle como la Junta Militar lo había engañado, con calumnias, en cuanto al asesinato del presbítero Juan Alsina; y muchos otros hechos de muerte similares.

Recuerdo; Su permanente preocupación por los empobrecidos; y no solo preocupación teórica, sino que práctica y eficaz; como tantas personas han expresado con ocasión de su muerte.

Recuerdo; a don Raúl como fuerte en la Fe, como Obispo ejemplar. Con su gran empeño para poner en práctica el Concilio Vaticano II; igual que Medellín y Puebla. La historia lo va a recordar como persona providencial para la nación chilena en el siglo XX. Y el nombre de sus adversarios, que quizás no fueron muchos, pero sí poderosos, se perderá en la obscuridad de los tiempos.

Gracias a Dios por su Episcopado.



DON RAUL, EDUCADOR

MONSEÑOR JORGE HOURTON POISSON
Rector de la Universidad Católica de Temuco

Hace ya más de dos meses que depositamos sus restos en la cripta de los arzobispos de Santiago. Probablemente no tendrá un monumento con esculturas marmóreas como se estilaba antes. Pero el pueblo de Santiago ya dio su veredicto en esa conmovedora despedida triunfal que le celebró. Su recuerdo queda no sólo en los corazones de quienes apreciaron el servicio pastoral que hizo a Chile, sino en múltiples instituciones que llevarán su nombre. Una de ellas será la *Universidad Católica Cardenal Silva Henríquez*, ex-Blas Cañas que él se empeñó en fundar.

Una Universidad Católica es un servicio de la Iglesia a la educación superior de la juventud chilena. Los que la conocen desde afuera pueden pensar que es, a modo de un colegio católico, una escuela confesional en la cual los principios y valores que rigen en ella resultan dados para un alumnado escogido y selectivo. Puede suponer que todos sus estudiantes participan de la comunión católica y que precisamente quisieron entrar a ella por razón precisamente de su catolicidad.

Oficialmente incluso, se distingue a las universidades católicas de las «estatales» o «públicas» y se las clasifica como «privadas» pero se les añade «de servicio público». De hecho las tres primeras grandes, Santiago, Valparaíso y del Norte, y las tres derivadas de la Pontificia han quedado incorporadas en el Consejo de Rectores, que agrupa a las universidades que reciben recursos fiscales (en muy diferentes proporciones por cierto!).

Las universidades católicas resultan así entidades que podrían considerarse de hecho, mixtas. Diríase que ceden parte de su autonomía total para secundar las políticas estatales en materia educacional y proponiendo a sus propios estudiantes sus principios y valores propios. Se supone que quien postula a una universidad católica lo hace consciente de que allí se acentúa una filosofía de la vida y la sociedad, humanista y cristiana. Que quien opta por enseñar en ella, lo hace compartiendo esos mismos valores para ejercer un papel de educador en el pleno sentido de la palabra y no de mero transmisor de conocimientos específicos.

Todo esto viene a cuento si se analiza el primer período del ministerio de don Raúl. El estuvo entre los primeros promotores de la Federación de los colegios y escuelas católicas FIDE, que luchó denodadamente por elevar la calidad del ejercicio educativo, por consolidar una comunión de ideales entre los educadores y por comunicar en jornadas de estudios y congresos los progresos que esta unión iba logrando. Don Raúl nunca dejó de preocuparse preferentemente por la

educación. Miembro de una congregación educadora, impulsó la investigación por una nueva pedagogía más acorde con la cultura contemporánea y apelando a una mayor participación de los padres de familia en el proceso educativo.

Cuando llegó al Arzobispado de Santiago debió enfrentar el arduo problema de la Universidad Católica en el movimiento estudiantil de 1968. Su política fue escuchar, discernir, valorar e ir adelante en busca de una respuesta adecuada a los cambios sociales y a las aspiraciones de una generación que se motivaba mucho por la búsqueda de una universidad renovada, sensible a los problemas de la sociedad e inquieta por la responsabilidad que sentían como privilegiados futuros profesionales. A diferencia de los tiempos actuales, no era el folklore de las manifestaciones callejeras y las «tomas» por encapuchados expertos en bombas molotov, lo que distinguía a esas movilizaciones, como tampoco se reducían a pedir «dinero fresco» o a eternizar conciliábulos manipulados. Tampoco entonces se recurría fácilmente a la violencia, sino preferentemente a los diálogos, las discusiones, las jornadas de estudio, coherentes con el respeto a los que sabían más y tenían experiencia. Por eso don Raúl, siendo de un carácter enérgico y casi autoritario a veces, conquistó pacífica y pacientemente las adhesiones necesarias, por la claridad de sus ideas en el Claustro universitario y se legitimó incluso ante la Santa Sede, ejerciendo su autoridad con una prudente e inteligente política progresista.

Cuando las cosas cambiaron en Chile y sobrevino la intervención militar y el cautiverio de todas las universidades, incluidas las católicas, don Raúl enfrentó la mayor preocupación de su responsabilidad de educador. Decidió renunciar a ejercer el cargo de Gran Canciller porque el Rector delegado, por su parte, acataba las orientaciones del gobierno y no de la Iglesia. Creyó que un Pro Gran Canciller de carácter terco y combativo tendría más éxito. En eso se equivocó. Sus vicarios tratamos de disuadirlo, pero se mantuvo firme en su decisión. Al verse las manos atadas en el campo de la Universidad de la Iglesia, y comprobar que en ella se efectuaban tantos despidos discriminatorios de carácter político, como un Decreto de Rectoría lo reconoció después cuando terminó el cautiverio, decidió formar la Academia de Humanismo Cristiano.

Una vez más apeló a laicos comprometidos con la identidad cristiana y demócrata y juntó un equipo competente, encabezado por Enrique d'Etigny, junto a Duncan Livingstone, secretario y Reinaldo Sapaj, tesorero. La Academia jugó un papel importante en la vida intelectual y universitaria de esos años. Consiguió convenios y apoyos financieros con la Unión Europea y logró cubrir bajo el paraguá extendido de la Iglesia a muchos centros autónomos como FLACSO, GIA, GEA, PET y coordinar a las directivas de algunos colegios profesionales.

Por último, merece recordarse otro gran empeño educacional que desplegó don Raúl como Arzobispo: el del Seminario Pontificio. En la década de los años '60 el Seminario de Apoquindo tuvo un florecimiento de vocaciones provenientes tanto del mundo universitario como de la clase obrera y campesina. ¡Hermosa aun que

reducida experiencia de fusión de clases y mentalidades en torno a valores espirituales cristianos! Pero hacia 1966 la crisis sacerdotal repercutió muy fuerte al interior del seminario, creció la inquietud social, el desasosiego vocacional y la fragilidad de las decisiones. Don Raúl cuenta con franqueza en sus Memorias su propia perplejidad en esos años, que lo llevó a ensayar la teoría de las «pequeñas comunidades», pero a volver pronto a la fórmula tradicional del Seminario-comunidad. Nuevos esfuerzos para construir uno nuevo y continuar confiado en que los jóvenes volverían a oír y aceptar el llamado de la vocación. Don Raúl no manejó este penoso episodio desde su escritorio dando órdenes, sino visitando semanalmente su Seminario, conversando personalmente con los estudiantes y dándole pruebas de sus desvelos paternales. Puede añadirse también que, como **Padre del Concilio Vaticano II** que aprobó la restauración del Diaconado Permanente, don Raúl estimuló en Santiago, la formación de los aspirantes a diáconos y alentó el empeño por el desarrollo de este ministerio providencial para la Iglesia Católica. En ambos campos, el del Seminario y en el Diaconado, es donde conocí más de cerca el espíritu del Cardenal en su dimensión de Maestro animador, consejero, generoso para apoyar, cálido para comprender.

Cerca de él, aunque él fuera poco efusivo, era difícil no simpatizar con esa rica personalidad, que podía aparecer como ausente o abstraído, como también alegre y humano, gozador y de buen humor, siempre dispuesto a acoger, compartir y ejercer amistad. *¡El fondo de su alma era un suave remanso de Paz!*

Temuco, Junio de 1999.

EL EJEMPLO DE DON RAUL

JOSÉ ZALAQUETT, ABOGADO

Discurso pronunciado el 12 de Abril en los funerales del Cardenal Silva Henríquez

Muchas son las manifestaciones de la fecunda obra de amor y justicia que don Raúl nos ha legado. Entre ellas, su labor de defensa y promoción de los derechos humanos se alza a los ojos de los chilenos y del mundo como un ejemplo señero, que suscita nuestra profunda gratitud, a la vez que sigue reclamando de todos nosotros un sostenido compromiso.

Esa labor exigió de parte del cardenal Silva ingentes sacrificios y desvelos. Por disposición natural, don Raúl se orientaba por entero hacia el entendimiento y concebía la justicia y la solidaridad como expresiones superiores de la virtud del amor, de la vida en sociedad. Sin embargo, este hombre bueno, que no parecía hecho sino para la paz y la concordia, debió asumir las más graves responsabilidades durante los oscuros tiempos del reinado de la discordia, que socavaron las bases mismas de nuestra convivencia nacional. Don Raúl padeció la aguda polarización política entre los chilenos durante el período del Presidente Allende, el ulterior Golpe de Estado y las violaciones de los derechos humanos como un estado de cosas trágico y profundamente perturbador: el dominio de la división, la intolerancia, el desamor.

Consumada una solución de fuerza, don Raúl se sintió llamado a socorrer a los perseguidos y afirmar la dignidad y derechos de toda persona por un superior mandato de caridad y de justicia, que se hacía más imperativo porque las circunstancias de desamparo institucional y de interdicción cívica le asignaban a la Iglesia un papel protagónico insustituible. El cardenal buscó activamente el concurso y apoyo de otras iglesias y comunidades religiosas, con las cuales había establecido desde hacía tiempo vínculos fraternales, movido por un genuino y precursor espíritu ecuménico.

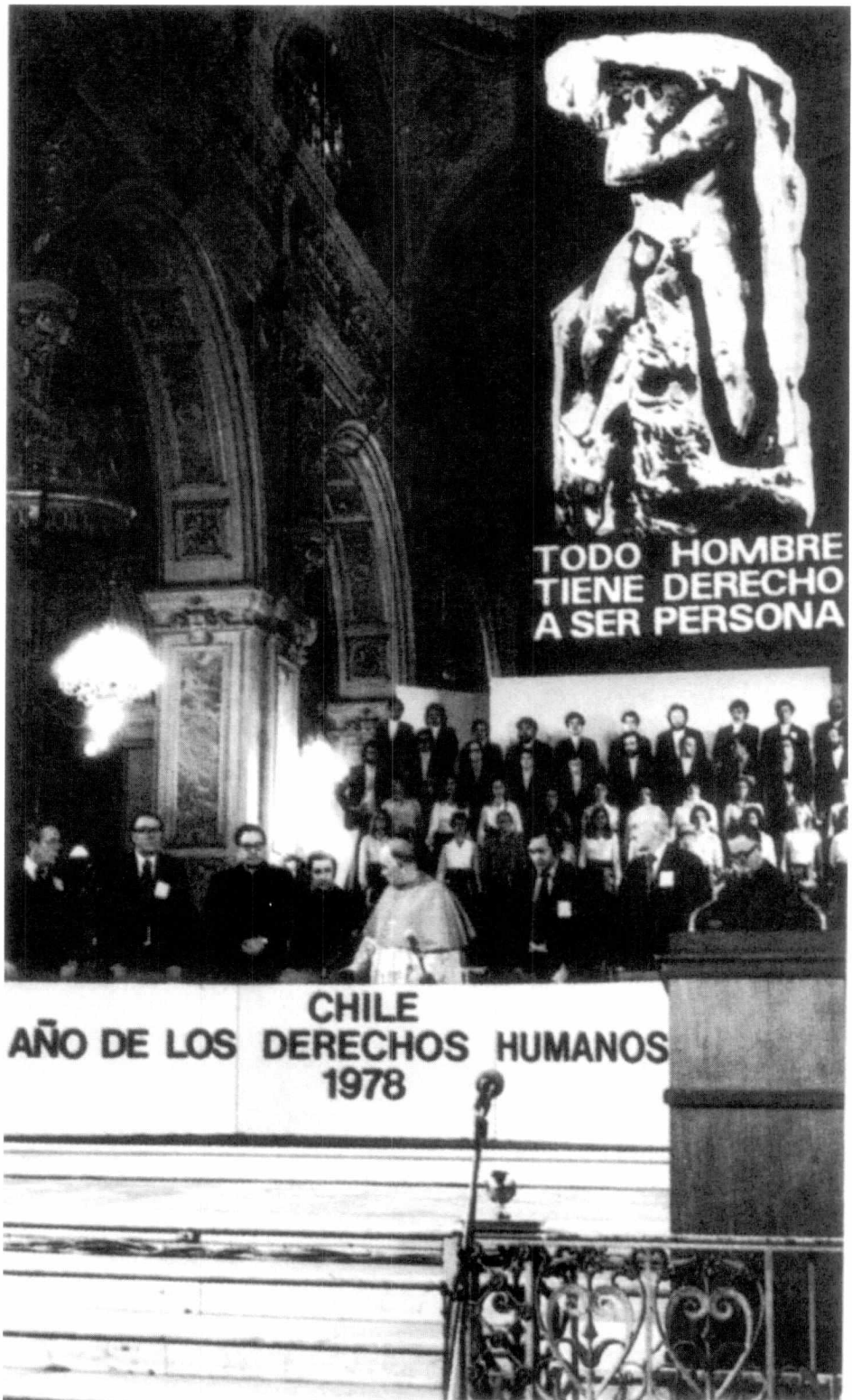
Nacieron así el Comité de Cooperación para la Paz y más tarde la Vicaría de la Solidaridad, cuyo trabajo en favor de los derechos humanos crece en el reconocimiento y la estima del pueblo chileno por encima de pasiones y partidismos.

Don Raúl sabía muy bien que esta labor de apoyo a los perseguidos y de defensa de los derechos humanos le acarrearía muchas incomprendiones y lo pondría en situaciones confrontacionales por completo ajenas a su carácter.

En el conflicto entre la conciliación y la justicia, no podía sino optar por la justicia, pero siempre esperanzado de conseguir la comprensión y la paz entre los chilenos que tanto buscaba, al punto de adelantarse a dar el beneficio de la duda a todo anuncio de rectificación o enmienda.

Don Raúl encarnó así la conmovedora y profundamente humana figura del héroe renuente, del profeta a pesar de sí mismo, del discípulo atribulado que desea fervientemente que pase de sí el amargo cáliz, pero que fiel a su Maestro, en último término nunca deja de beberlo. Es un ejemplo que sentimos muy próximo, que nos sirve de aliento ante la conciencia de nuestras deficiencias y frente a los imperativos cívicos y morales que continúan demandando nuestros mejores esfuerzos como nación.

Y es que, bien lo sabemos, la paz de la nación chilena que el cardenal Silva tanto anheló, es todavía una tarea inconclusa. A todos nosotros toca completarla. Si sabemos reconocer nuestras responsabilidades, reparar, en la medida de lo posible, los daños causados y encontrar el camino hacia una reconciliación genuina, afirmando los valores de la verdad y la justicia, el ejemplo de don Raúl habrá germinado en el corazón de los chilenos y habremos rendido el mejor y más hermoso tributo a su querida memoria.



DON RAUL Y LOS DERECHOS HUMANOS

P. JOSÉ ALDUNATE S.J.

Son muy variadas las obras que emprendió y propulsó Don Raúl en los 22 años que se desempeñó como Arzobispo de Santiago, como también son variadas las facetas de su rica personalidad. Pero la obra que perpetuará su memoria en la historia será la Vicaría de la Solidaridad. Y se le recordará ante todo como el defensor de los Derechos Humanos. Sus funerales celebrados 16 años después que se retiró de su función pública son testimonio de lo que estamos diciendo. Desde la alocución del Presidente de la República hasta las aclamaciones espontáneas de las multitudes, hubo unanimidad a este respecto.

Queremos analizar más a fondo la posición de "Don Raúl" -así acostumbrábamos llamar al Cardenal Silva Henríquez- respecto a los Derechos Humanos, tanto en su pensamiento como en su práctica.

Ante todo, hemos de tener en cuenta que la actitud de la Iglesia Católica respecto a los Derechos Humanos cambió muy sustancialmente con Juan XXIII y el Concilio Vaticano II (1962-65). El Concilio marcó el fin de un concepto de Iglesia (el de la "Cristiandad"), como "Madre y Maestra" de los Pueblos. La Iglesia se declara ahora "*Servidora de la Humanidad*", reconociendo implícitamente que ésta ha llegado a su mayoría de edad.

La encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII consagra expresamente el lenguaje de los "Derechos Humanos" que, hasta entonces no agradaba a los oídos de la Iglesia... sonaba a autonomía, secularismo, revolución. Los Sínodos Romanos de 1971 y 1974 confirmaron con mucha fuerza lo que luego proclamaría Paulo VI en "*Evangelii Nuntiandi*" (1975): la promoción de los Derechos Humanos es parte integrante en la misión de la Iglesia. Todo esto constituía un vuelco en las posiciones de la Iglesia como lo reconoció Paulo VI en su discurso de clausura del Concilio, un vuelco que nuestra Iglesia no acaba aún de asimilar en su integridad. La Iglesia siempre se ha inclinado sobre la humanidad doliente y necesitada, pero otra cosa era comprometerse con ella en la conquista, muchas veces conflictiva, de sus derechos.

Don Raúl completó sus estudios, tanto forenses como eclesiásticos, antes del Concilio. La Teología la estudió con los Salesianos en Italia en los tiempos de Pío XII. Pero le tocó, como Cardenal Arzobispo, una participación muy plena en las Asambleas Conciliares en que la delegación chilena se plegó a los Episcopados más

progresistas de Europa, como los de Francia y Alemania. Recuerdo bien como me sorprendió el nuevo lenguaje de Derechos Humanos que usó Don Raúl después de su vuelta de Roma.

Ahora bien, no es lo mismo el aprendizaje teórico de una nueva actitud que saber ponerlo en práctica en la vida real. El aprendizaje práctico de lo que significan los Derechos Humanos lo tuvo Don Raúl con el advenimiento de la Dictadura y su larga práctica de violación de estos derechos.

"Aprender Procurando Servir" (Cristián Precht)

Al acceder al Arzobispado de Santiago en 1961, bien sabía Don Raúl cuáles eran las relaciones tradicionales entre Iglesia y Estado. Desde la separación de ambos "Poderes" en tiempos de Don Crescente Errázuriz, (1925), ambos quedaban autónomos en sus esferas respectivas, pero mantenían relaciones de diálogo y cooperación. La Iglesia había declarado que "si bien el Estado se separaba de ella, ella no se separaría del Estado" en el sentido de que seguiría colaborando para el bien de Chile.

También tenía muy presente Don Raúl la carta de Monseñor Pacelli (después Pío XII) en 1933 sobre la actitud de la Iglesia en lo político. No debía ella ni sus ministros abanderarse en Partidos Políticos y los fieles católicos debían sentirse libres para adherir a cualquiera opción legítima.

Con estas normas Don Raúl se llevó bien con tres regímenes, uno conservador, otro demócrata-cristiano y el tercer socialista. Cuando fue el Golpe, Don Raúl expresó a la Junta su deseo de entenderse con ella tan positivamente como se había entendido con Salvador Allende (palabras que no cayeron muy bien en los destinatarios). Y, en verdad, no pudo ser así.

Efectivamente, Don Raúl se encontró, de la noche a la mañana, con una dictadura que, diciendo respetar la Iglesia, conculcaba muy seriamente los Derechos Humanos. Surgían para la Iglesia muy serios interrogantes. Esos derechos conculcados (vidas, torturas, desaparecimientos) ... ¿no pertenecían a la misión de la Iglesia tutelarlos? ¿Debía la Iglesia intervenir en este terreno? ¿Podía ella en estas circunstancias mantener relaciones positivas o amistosas con el Estado?

Son las preguntas que sin duda se hizo Don Raúl, pero, como hombre de acción, las respondió ante todo con hechos. Por una parte mantuvo relaciones oficiales con las autoridades militares. Recuerdo su respuesta a ciertos planteamientos que le hacíamos: "Yo no puedo romper con el Gobierno". Y nos daba sus razones. (Tampoco le convenía al Gobierno militar romper con la Iglesia). A otros

propósitos nos contestaba: "Yo no quiero un clericalismo de izquierda" aludiendo a la carta de Monseñor Pacelli que cohibía un clericalismo de derecha (Partido Conservador) que había en ese tiempo. No quería que sus sacerdotes tomaran una posición "política" de oposición al Gobierno.

Pero por otra parte le llovían, le agobiaban los casos de increíble abuso y situaciones de peligro que exigían respuestas. No podía negarse. Acogía y actuaba.

Su respuesta más global fue la creación del Comité pro Paz y luego la de la Vicaría de la Solidaridad. Veamos los proyectos que se encarnaban en estas instituciones.

Eran instituciones creadas legítimamente por la Iglesia, dentro de la legalidad vigente, con un fin de asistencia legal: la defensa jurídica de las personas. Ahora bien, muy pronto se vio que esta defensa jurídica resultaba estéril. Los Recursos de Amparo se devolvían: "No ha lugar"; ninguna de las causas prosperaba. El Poder Judicial se había entregado a la voluntad de los Poderes establecidos. Pero entonces se descubrió que la Vicaría, por caminos de legalidad y de ilegalidad, era instrumento útil para operaciones más amplias en defensa de los Derechos Humanos.

El Comité pro Paz y la Vicaría tuvieron un personal excelente, voluntarios, sacerdotes, religiosas y laicos de gran compromiso y de gran inventiva. Se recogían los datos, se formaron los archivos, salían las denuncias "*urbi et orbi*", se ayudaba a los familiares y presos, se conectaban con organismos de "salvataje" para asilar a los perseguidos y sacarlos del país. Fue emblemático el caso de los miristas sorprendidos en una parcela de Malloco que con el apoyo de sacerdotes y monjas se libraron de caer en manos de la DINA. El Cardenal fue a visitar a los eclesiásticos presos por su participación. "La vida humana es sagrada" afirmó y también los Derechos Humanos que la protegen y están por encima de toda pretendida legalidad.

Los crímenes de la dictadura arrastraron así al Cardenal, más allá de lo meramente jurídico, a la defensa de los derechos básicos del hombre, haciéndolo de facto cómplice de infracciones a la ley y opositor del régimen. Hubo una guerra sorda entre Pinochet y el Cardenal sin declaración de guerra oficial.

Respecto a los luchadores de base por los Derechos Humanos, entre ellos muchos agentes pastorales, Don Raúl nos frenaba en lo que él consideraba excesos o imprudencias, pero sabía también acoger iniciativas y aún hechos consumados que respondían a verdaderas exigencias de humanidad. Cuando los familiares de los detenidos desaparecidos hicieron su larga huelga de hambre de 17 días en mayo/junio de 1978, varios sacerdotes y religiosas entramos a acompañarlos. Al saber esto, Don Raúl nos mandó dejar de inmediato la huelga. Nos pareció que en esas circunstancias no podíamos abandonar a los familiares. Don Raúl cedió a nuestras razones. Igualmente, más tarde, Monseñor Fresno se declaró contrario a que curas y monjas participasen en las protestas del ***Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo***. Lo convencimos de que los Derechos Humanos son exigencias del mismo

Evangelio y de que no queríamos ser como el Padre Gatica que predica pero no practica.

Don Raúl mantuvo los Te Deum por fidelidad a la tradición aunque sus mismos Vicarios lo disuadían a veces. Pero sufría con ellos y con la preparación del sermón porque sentía que en él debía hablar y no podía decirlo todo. En una ocasión debió borrar párrafos porque Pinochet amenazó con abandonar la ceremonia si los incluía. Don Raúl cometió errores y algunos tuvieron sus consecuencias, pero supo reconocerlos con toda sinceridad. Un error fue haber disuadido a Paulo VI de escribir una carta apostólica que concernía al Golpe Militar. Otro fue el haber aplaudido en primera instancia el Decreto-Ley de Amnistía de 1978. Y el tercero fue el haber dejado a Jorge Medina como Canciller sustituto de la Universidad Católica.

En resumidas cuentas, la defensa de los Derechos Humanos no fue una tarea fácil ni un camino claro para Don Raúl. Tuvo que ir buscando su camino combatido por el régimen, presionado a veces por los suyos, pero respondiendo lealmente a lo que le dictaba su conciencia ante las demandas de los pobres, de los perseguidos, de los atropellados en sus derechos.

Muchas veces, más que las convicciones, era el corazón el que discernía la ruta. ¿No dice San Pablo que en último término es el amor el que discierne?

Siendo Arzobispo de Santiago, fue nombrado por temporadas Presidente de la Conferencia Episcopal del país. Pero siempre tuvo que asumir un natural liderazgo en la Iglesia chilena frente al Gobierno militar y también frente a la Curia Romana. En este último "frente" también tuvo problemas. La Curia de Juan Pablo II hubiera querido un Arzobispo más ductil para con las autoridades militares y no veía con buenos ojos a la *Vicaría de la Solidaridad*. Al cumplir sus 75 años, le aceptaron de inmediato su renuncia buscando establecer otro clima de relaciones en Chile entre Iglesia y Estado. No lo consiguieron en verdad porque no era posible. Es muy posible que ese final marcara los días más duros que sufrió Don Raúl. Su silenciosa lealtad a la Iglesia y su servicio sencillo a los más humildes durante sus últimos años hábiles, fueron el mayor testimonio del temple de su espíritu.

Las razones de su compromiso

Ante el Gobierno y sus partidarios y ante tantos católicos pinochetistas, Don Raúl debió dar razón de su compromiso con los Derechos Humanos, y por qué la Iglesia intervenía en un campo el de la "política" en que el Gobierno pretendía ser señor y dueño. ¿No se dejaba, la Iglesia instrumentalizar por los opositores de izquierda? ¿No eran los Derechos Humanos un pretexto manejado por el marxismo en su táctica de infiltración?

En realidad ya conocemos las respuestas del Cardenal. En resumidas cuentas eran tres:

- a) La respuesta de la Biblia: el hombre y la mujer son imagen de Dios; esta imagen no puede ser violada.
- b) Respuesta del Concilio Vaticano II y la enseñanza de los Papas Juan XXIII, Paulo VI y Juan Pablo II. La Iglesia ha de ser la servidora de la Humanidad.
- c) Respuesta de la razón ética. Los Derechos Humanos pertenecen al orden ético, o si se quiere al de la "gran política". Están por encima de la "política de partidos" en que las opciones, estando sujetas al orden ético, pueden legítimamente diferenciarse por depender de condicionamientos contingentes y discutibles.

Antes de terminar quisiéramos profundizar esta razón ética, pues es la que le permite a la Iglesia alternar con todos los hombres de buena voluntad -muchos de ellos no creyentes- en la gran empresa de hacer que el mundo sea mejor.

Don Raúl nos la explica a través de su vocero, el propio Vicario de la Solidaridad en el Simposium Internacional que esa Vicaría tuvo la audacia de celebrar en 1978 (22 - 25 de noviembre). El tema era la Iglesia y los Derechos Humanos y el lema "*Todo hombre tiene derecho a ser Persona*". Entonces Monseñor Cristián Precht hizo una admirable ponencia en que entregó la razón de ser de la Vicaría y la motivación que animaba en ella a todos, tanto creyentes como no creyentes.

Se trata del compromiso de todos con la humanidad. Todos, cristianos y no cristianos y la Iglesia misma como tal, nos debemos a la humanidad, a que crezca, se desarrolle y llegue a su plenitud tanto en lo individual como en lo colectivo. Ella es por tanto el sujeto último de los "*Derechos Humanos*". Nos debemos a la Humanidad por el hecho de pertenecer todos a la misma familia humana, por ser compañeros todos en un largo camino que lleva a un común destino; en fin, por estar abocados a levantar una habitación en que todos podamos convivir fraternalmente.

Se trata del tema fundamental de la solidaridad humana, tema que Don Raúl desarrollaba con elocuencia porque nacía de lo más hondo de su ser.

Por esto podríamos terminar aplicando a Don Raúl Cardenal Silva, un hombre del Concilio, las afirmaciones con que el Concilio inicia su constitución "*Gaudium et Spes*". Expresan las razones profundas del compromiso de Don Raúl por los Derechos Humanos.

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestros tiempos, sobre todo de los pobres y de cuántos sufren, son a la vez, gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia".



IDEAS BÁSICAS SOBRE EL PENSAMIENTO ECONÓMICO SOCIAL DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

JUAN GUILLERMO ESPINOSA

La Iglesia no puede olvidar su cuna en una familia obrera

CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Todo parece haber sido dicho sobre el Cardenal Raúl Silva Henríquez, en especial después de su reciente partida (9 de abril de 1999), aunque bastante menos hayamos hecho para cumplir o practicar su pensamiento y sus orientaciones. Desde que cumplió sus ochenta años (el 27 de septiembre de 1987) y posteriormente, cuando cumplió sus noventa años (el 27 de septiembre de 1997), los más diversos sectores, agrupaciones, instituciones y personas del país y del extranjero, no dejaron de manifestar las más extraordinarias expresiones de aprecio, admiración y reconocimiento a quien fuera la máxima autoridad de la iglesia chilena por casi 25 años en esta segunda mitad del siglo XX en Chile.

En la mayoría de estas manifestaciones, se ha hecho especial mención a lo que fuera la más significativa de sus preocupaciones, esto es: la defensa y promoción de los Derechos Humanos en un instante de la historia de Chile en que precisamente más se necesitaba y era más difícil hacerlo.

En mi apreciación, sin embargo, la fuerza de sus ideas y las muy significativas acciones de Don Raúl en la defensa de los Derechos Humanos, no siempre dejaron ver en toda su extensión, profundidad y hermosura las amplias dimensiones y alcances de su «*Pensamiento Económico y Social*», emanado directamente de las palabras del Nuevo Testamento y de la Doctrina Social de la Iglesia, y manifestado y aplicado a lo largo de más de treinta años (1960 a 1990), quizás los más difíciles de la historia nacional, por el desencuentro de posiciones y por el uso irracional e indiscriminado de la fuerza que se hizo en los años 70 y en los 80, para imponer el punto de vista de los más poderosos.

Debo reconocer, que no soy ni el más calificado ni el que estuve más cerca del Cardenal para recoger en toda su dimensión y profundidad las dimensiones “económicas y sociales” de su mensaje¹. Debo reconocer también que empecé a conocer a Don Raúl de manera más cercana, solo a mediados de la década de 1970,

cuando ya había partido con mi familia a vivir en Washington, D.C. en Estados Unidos. En los años previos, involucrado primero en las luchas estudiantiles a principios de los años 60, después en la colaboración a las reformas económicas en el gobierno de Eduardo Frei Montalva y, posteriormente, como académico de la Universidad de Chile, en la creación y establecimiento de un Sistema Nacional de Participación de los Trabajadores hasta 1973, no puse toda la atención que debía a los interesantes y profundos enfoques del que fue primero Obispo de Valparaíso (1959), después Arzobispo de Santiago (1961) y finalmente, Cardenal de la Iglesia chilena (1962).

Sin perjuicio de esta distancia inicial fruto de mi descuido, ya en 1972 cuando formaba parte del Departamento de Industrias de la Universidad de Chile, me tocó cooperar en una asesoría a la Comisión Nacional de Participación que había formado el Acuerdo CUT - Gobierno de Participación de la época. Con ese motivo, me tocó entrevistarme con el varias veces Presidente de la entonces poderosa Central Unica de Trabajadores (CUT) Luis Figueroa, hoy desaparecido, quien aparte de tener un claro predominio en la conducción del movimiento sindical, era un ortodoxo militante del Partido Comunista chileno. Recuerdo bien la postura desconfiada y escéptica que tenía Luis Figueroa ante formas menos rígidas y más participativas e integradoras como las que la Comisión de Participación y la Universidad proponían. Ante mi insistencia y en el conocimiento de mi pensamiento cristiano, finalmente me dijo: *«Mire, si en su propuesta Uds. se atienen a lo que dijo el Cardenal Silva en su presentación ante la Conferencia Episcopal, nosotros estamos de acuerdo»*.

Y me pasó un cuadernillo con la Conferencia del Cardenal dada a la Asamblea Plenaria del Episcopado en mayo de 1970, impresa en un papel amarillento, reproducida precariamente a mimeógrafo ².

En verdad, no puedo dejar de reconocer que me impacto hondamente en primer lugar, haber recibido las palabras del Cardenal Silva del máximo dirigente de los trabajadores de la época que, al decir de los sectores de derecha del país, profesaba una ideología absolutamente contrapuesta a la Iglesia Católica, en segundo lugar, por el grado de credibilidad y confianza que el Cardenal tenía entre los trabajadores y por último, que además me las entregara a mí, un cristiano, que no las conocía sino parcialmente y que hasta ese entonces les había prestado escasa atención.

Algunos años más adelante, en 1975 y 1976, después del golpe militar, amigos muy cercanos como Ricardo Jordán y Duncan Livingston, me pidieron desde Chile que cooperara en Estados Unidos, con los contactos para que el Cardenal pudiera obtener los apoyos necesarios de manera de establecer en Chile la *Academia de Humanismo Cristiano*, para albergar a los académicos que estaban siendo despedidos en gran número de la Universidad “Católica” de Chile, así como también de todas las demás universidades, y además, para el establecimiento de un sistema de apoyo a los trabajadores y sus empresas, que estaban sufriendo todo el

rigor de la profunda crisis productiva y social creada por el nuevo modelo económico impuesto por los asesores económicos del Gobierno Militar de la época.

Vino a Washington y a otras ciudades de Estados Unidos varias veces, en donde gracias a su extraordinaria capacidad de convicción y a la fuerza humana y cristiana de sus planteamientos, recibió amplios respaldos, en especial de la Interamerican Foundation y de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos de Norteamérica, cuando el Arzobispo Joseph Bernardín era su presidente. Quizás lo más impresionante de estas peregrinaciones del Cardenal Silva, fue siempre la honestidad y claridad cristiana con que exponía sus enfoques y propuestas de acción, las que ciertamente no correspondían al medio ambiente norteamericano y que se vinculaban mucho más a la *Doctrina Social de la Iglesia*, enfoque como se sabe, no es precisamente tomado en cuenta en el mundo económico y financiero de Estados Unidos.

Demostrando sin embargo el aprecio, el conocimiento y el respeto que le tenían a este Cardenal de un país pequeño y distante, en unas palabras de presentación del Cardenal Silva, el Arzobispo Bernardín le dijo en una ocasión, reconociendo el enfoque profundamente cristiano y renovador de Don Raúl:

En su propia Arquidiócesis de Santiago, que contiene sobre tres millones de católicos bautizados, el Cardenal Raúl Silva ha descentralizado las estructuras diocesana y parroquial, creando en los barrios pequeñas comunidades de base para promover una más activa participación de los laicos en la vida de la iglesia, especialmente en las zonas de clase obrera, donde la presencia de la iglesia ha sido tradicionalmente débil. A partir de la severa depresión de la economía chilena de los últimos años, ha establecido series de cooperativas, pequeñas empresas de trabajadores, programas de nutrición y otros proyectos de bienestar social dirigidos por los mismos pobres con el apoyo material de la iglesia nacional e internacional.

Desde ese entonces, mi admiración, seguimiento y cercanía con Don Raúl y sus asesores más próximos - sacerdotes y laicos - fue creciente. Se inició así un período de aprendizaje para mí, bastante enriquecedor, no sólo de ideas o principios morales y religiosos, sino también de un sinnúmero de iniciativas y de acciones, así como también de personas ejemplares que lo rodeaban, ya que tenía una capacidad extraordinaria para seleccionar a los mejores y de mejor espíritu. Aprendí por ejemplo, que sus acciones concretas en ayuda de los más débiles - clara expresión del pensamiento cristiano en el campo económico y social - él las sentía como mucho más importantes que sus palabras. Su preparación inicial como abogado y su excelente habilidad organizativa desarrollada como director o rector de varios colegios y como Presidente de Caritas Chile primero, y Vicepresidente Mundial y Presidente (1962) de Caritas - Internacional después, le dieron un profundo sentido de la importancia que tienen las estructuras de participación y los programas sociales efectivos para promover la dignidad y los derechos de los trabajadores y de los más pobres. Aprendí también, como ha sido varias veces reconocido, que ya en 1962, él junto con el Obispo Manuel Larraín de Talca, fueron

los dos primeros obispos latinoamericanos en comenzar un programa de reforma agraria en propiedades que poseía la iglesia, conduciendo a una transferencia de administración y propiedad de esas tierras a los propios campesinos que las cultivaban.

A partir de sus preocupaciones y empeños de esos años (1976 y 1977), se formaron el Instituto de la Autogestión, la Financiera de Interés Social (Fintesa) y la Vicaría de la Pastoral Obrera, así como decenas de cooperativas, empresas de trabajadores y empresas autogestionadas pudieron organizarse o continuar existiendo, bajo la asesoría y contribución de las instituciones y lo enfoques creados por el Cardenal Silva.

Fue a partir de estos años, y en especial a partir de 1980 cuando regresé a Chile, que pude en mayor amplitud y profundidad conocer el pensamiento y la acción del Cardenal en el campo económico y social, en donde siempre decía que era necesario: *educar, dialogar, reflexionar en conjunto, trabajar en equipo, con responsabilidad compartida, con confianza mutua, porque de otra manera no hay progreso ni igualdad de trato.*

Fue precisamente en medio de estas nuevas instituciones, creadas en un medio económico y social tan adverso, en donde se consolidó mi admiración por Don Raúl, a quién la mayoría de los integrantes de las empresas e instituciones lo llamaban «*el Cardenal de los trabajadores*».

Las empresas cooperativas, autogestionadas y de trabajadores, tenían particulares dificultades en esos años (1978-1982), ya que la economía nacional se sustentaba principalmente en base a un creciente endeudamiento externo que financiaba a su vez elevados niveles de importación de todo tipo de bienes, a bajo precio, por cuanto se mantenía férreamente un tipo de cambio fijo, con el objeto de mantener la inflación interna lo más baja posible. En varias ocasiones, tuve la oportunidad de participar en las características rondas de opiniones que el Cardenal sostenía ya sea en la Academia de Humanismo Cristiano, en la Fundación para el Desarrollo, en el Instituto de Autogestión o en su propia casa, en donde casi invariablemente con tranquilidad pero con certeza, anticipaba que este «milagro económico chileno» terminará mal. *La prosperidad que no se crea, que sólo se importa y peor aún, que no se comparte, no perdura*, sentenciaba.

Y efectivamente, más allá de toda la propaganda y de la gran publicidad oficial y privada, nacional e internacional, el severo, inhumano e ineficiente «milagro económico chileno» colapsó estrepitosamente a partir de mediados de 1982, produciendo la peor caída del producto nacional, del empleo y el ingreso per cápita de que se tenga memoria en los últimos cincuenta años de la historia económica nacional.

En esos años tan difíciles para la comunidad y la economía nacional, de tanto ideologismo dogmático revestido de conocimiento científico, de tanto atropello y abuso en contra de los más débiles, el Cardenal nos insistió siempre en los caminos de la solidaridad, en la imperiosa necesidad de la dignidad e igualdad de trato en el

mundo de la empresa y de la economía; nos motivó insistentemente a aplicar la Doctrina Social y nos impulsó con afecto, pero a la vez con firmeza, a luchar por un desarrollo con justicia y equidad, en libertad y democracia.

En múltiples ocasiones que me tocó escucharle su convicción profunda de que: *La Iglesia que represento, es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació, así la vemos y así la queremos ver siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y debe estar siempre entre los humildes.*

Esta visión no la sostenía sólo con sus más cercanos o ante los suyos. Por el contrario, la sostenía en todos los ambientes y a todos los niveles. Ante los empresarios por ejemplo, les decía: *Hago un especial llamado a aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial, para que urgidos por la justicia y el amor, desarrollen al máximo su generosidad, su imaginación y comprendan el deber que tienen de realizar una verdadera reforma de la empresa ...se trata, decía, de que los hombres y, particularmente los trabajadores, puedan asumir su rol de sujetos y no de objetos de la historia, que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo, pasiva y silenciosamente de otros* ³.

Mirando de conjunto y en el tiempo la trayectoria recorrida, la presencia de Don Raúl entre nosotros, fue una especie de regalo de Dios, un guía y una luz en la oscuridad de la noche. A él le tocó vivir el período del Chile tradicional, del Chile reformista, del Chile socialista, del Chile autoritario y del Chile en transición a la democracia. En cada una de estas etapas siempre supo reconocer las circunstancias y, sin transar en lo fundamental, trató de preservar el mensaje cristiano y evitar cualquier tipo de oportunismo.

En un tiempo en que, en particular a partir de 1973 como nunca en nuestro país se exaltó el individualismo, en donde la prioridad pasó a ser un monetarismo ortodoxo sin consideración por la gente, cuando se trató en definitiva de establecer doctrinas económicas sin base científica y en claro perjuicio para la mayoría de los sectores medios y más pobres del país, el Cardenal Silva se mantuvo siempre sólido, seguro y persistente en su mensaje cristiano: *Y este mensaje, ¡Cuántas veces los hombres lo han olvidado! ¡Cuántas veces han pecado al subordinar el hombre a las cosas, a valorizar el instrumento, la materia y la máquina, más que a la persona, a sacrificar a seres humanos, a la fría conveniencia del dinero! ¡Cuántas veces se ha tolerado de que se considere al trabajador como una vulgar mercadería, cuyo precio está entregado a las fluctuaciones del mercado! ¡Cuántas veces se ha permitido el escándalo de que la materia inerte emerja de la máquina ennoblecida, mientras que el hombre que impuso en ella su germen creador, sale de la fábrica envilecido. Hay que releer sin descanso ese Mensaje de León XIII, hay que reaprender incesantemente esa revelación: la persona del trabajador es lo primero, su dignidad no permite ser violada!* ⁴.

Al final del siglo cuando ya no está físicamente entre nosotros, puede decirse con razón que su legado, no consistió tanto en su importante contribución

a la superación de los serios problemas que enfrentó la sociedad chilena durante cada una de las etapas que le tocó vivir, sino en su mensaje -tantas veces reiterado y tan sentido por él- para construir en su país una sociedad más moderna, más humana, más equitativa, más solidaria, en definitiva más cristiana.

En apariencia, y aplicando nuestro pequeño juicio humano, más allá de su impresionante misión personal fruto de la formación, de la reflexión y de la oración que había tenido, quizás lo más extraordinario de su paso entre nosotros fue su inmensa sensibilidad a los signos de los tiempos, a su disponibilidad frente a las necesidades de la sociedad y de las personas como fruto de su espíritu evangélico, y lo más impresionante, la fortaleza con que enfrentó a la luz de su conciencia, las más cambiantes circunstancias que le tocó vivir. No puedo olvidar la última ocasión en que me tocó verlo personalmente, en su hogar de reposo hace poco más de 3 años. Ante mi expresión de congoja, porque seguramente no lo volvería a ver en mucho tiempo, me dijo:

Acuérdate del Salmo Treinta que te dice: «*Sean valientes y animosos los que esperan en el Señor*».

Gracias Padre por haberme hecho conocer esta tan maravillosa y esperanzada visión de Chile que nos transmitiera Don Raúl; gracias por haberme puesto un ejemplo tan magnífico del significado de la solidaridad sobre la tierra que enseñaba y practicaba el Cardenal; gracias Padre por haberme dado a conocer una Iglesia que yo no conocía y que tu hijo Raúl nos enseñó de manera paciente y cariñosa; gracias Padre por haberme colocado en el camino un ejemplo tan extraordinario y preclaro de un verdadero Hijo Tuyo, para mostrarme el camino y ayudarme a ser un cristiano mejor.

Notas

1. Para el lector interesado, existen algunos textos más completos y/o representativos del pensamiento y acción del Cardenal Silva, como por ejemplo: *El Pensamiento Social del Cardenal Silva Henríquez*, Unidad de Comunicaciones, Inst. Apostólico Cardenal Cardijn y Esc. Tipográfica Salesiana, 1976, de Luis Antonio Díaz H., Pbro.; los testimonios: "Señaló un camino de solidaridad, dignidad y vida en la empresa" de Jorge Anwandter y "Un Obispo Providencial" de Mons. Alfonso Baeza, en *Raúl Amigo*, 1997, Ediciones Copygraph bajo la Dirección editorial de Reinaldo Sapag.

2. En esa conferencia -en forma muy resumida- el Cardenal se refirió a "la miseria económica y a su dimensión personal y estructural"; en donde la paz no puede existir en la desigualdad y en la injusticia. Se funda en esta presentación, entre otros documentos, en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, efectuada en Medellín, Colombia en septiembre de 1968 y se refiere además, a que la opresión, es una relación interpersonal que es antinatural y que, ante la realidad que se vive, la Iglesia asume su responsabilidad histórica.

3. Véase J. Anwandter, *ibid.*, pág. 23

4. Homilía del 1o. De Mayo de 1975.

DON RAUL Y LOS TRABAJADORES

MONSEÑOR ALFONSO BAEZA
VICARIO DE LA PASTORAL DE LOS TRABAJADORES

Los funerales de Don Raúl constituyeron una manifestación extraordinaria de fervor popular. Fue la ocasión para expresar el inmenso cariño y aprecio que se había ganado entre la inmensa mayoría de los chilenos.

La multitud que hizo largas esperas para expresar en la Catedral su pena y su admiración por Don Raúl, estuvo compuesta principalmente por obreros y trabajadores, por la gente sencilla, por hombres y mujeres, adultos y jóvenes trabajadores. Fue la más clara demostración que él había calado profundamente en el "alma de Chile", como Don Raúl acostumbraba a referirse a lo mejor de nuestro ser nacional.

Don Raúl logró, como Arzobispo de Santiago, ser un testimonio vivo de algo que él sentía fuertemente cuando quería expresar lo que debía ser el testimonio de toda la Iglesia: "Ella, nos dijo muchas veces "no puede olvidar su cuna en una familia obrera de Nazaret" y en la Homilía de la Misa del 1º de Mayo de 1976 ante un templo Catedral lleno de una multitud de trabajadores, agregó:

"Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad y en ese itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas - como lo recordamos cada Primero de Mayo - en ese itinerario de progresiva liberación, ha estado presente la Iglesia: señalizando, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo amor y justicia..."

Don Raúl no era una persona que sólo se lamentara o que sufriera en silencio los sufrimientos del pueblo a él confiado. Las Vicarías de la Solidaridad y de la Pastoral Obrera; la asignación de las tierras a los campesinos de los fundos del Arzobispado, gesto profético de la posterior Reforma Agraria; el Instituto de la Autogestión para que los obreros y trabajadores urbanos accedieran a la propiedad y gestión de las empresas, etc., son algunas de las obras de este Pastor providencial de la Iglesia de Santiago.

Don Raúl se sentía profundamente enraizado con el alma de Chile. Como Arzobispo de Santiago y también como presidente de la Conferencia Episcopal vibraba profundamente con la necesidad del progreso de Chile. Pero para él el verdadero progreso estaba en que los trabajadores y los pobres en general fueran beneficiados con el progreso.

Por eso él se sentía llamado a colaborar con su palabra y con las obras que realizaba o inspiraba, pues para él -lo repitió muchas veces- la belleza de Chile no estaba en los ríos ni en la Cordillera, sino en el bienestar y progreso del pueblo, es decir, de los hombres y mujeres que viven y trabajan entre la cordillera y el mar.

Como Pastor de la Iglesia, nos confesaba al final de su episcopado, que su mayor anhelo había sido que los obreros y trabajadores en general, sintieran que la Iglesia Católica comprendía y apoyaba los anhelos y sus luchas por la justicia; que la Iglesia no olvidaba su cuna en una familia obrera de Nazaret. Por eso y para eso creó en 1977 la Vicaría de la Pastoral Obrera.

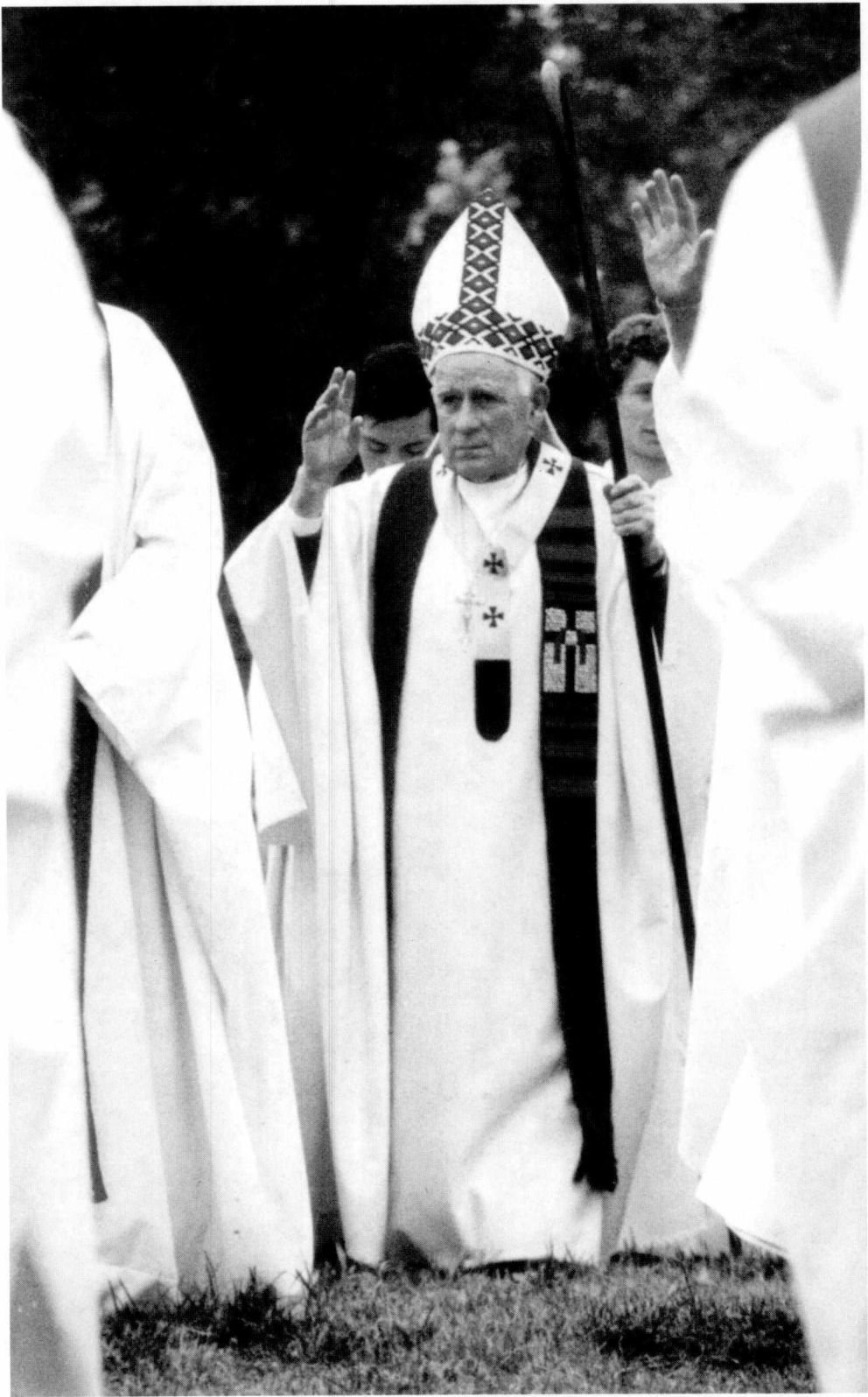
Antes de terminar esta breve reseña de un hombre y cristiano tan admirable quiero recordar un mensaje a los trabajadores que nos pidió transmitir cuando cumplió 80 años: *“El mensaje principal que yo les dejo y que me parece abarca un gran ideal, es que ellos (los obreros), confíen siempre en la Iglesia. La Iglesia debe ser la servidora del Pueblo, y ellos deben confiar absolutamente en ella, porque no tiene más interés que servirles. No tiene otro interés que proporcionarles los medios para que sean hombres completos y para que se liberen de todas sus esclavitudes”*.

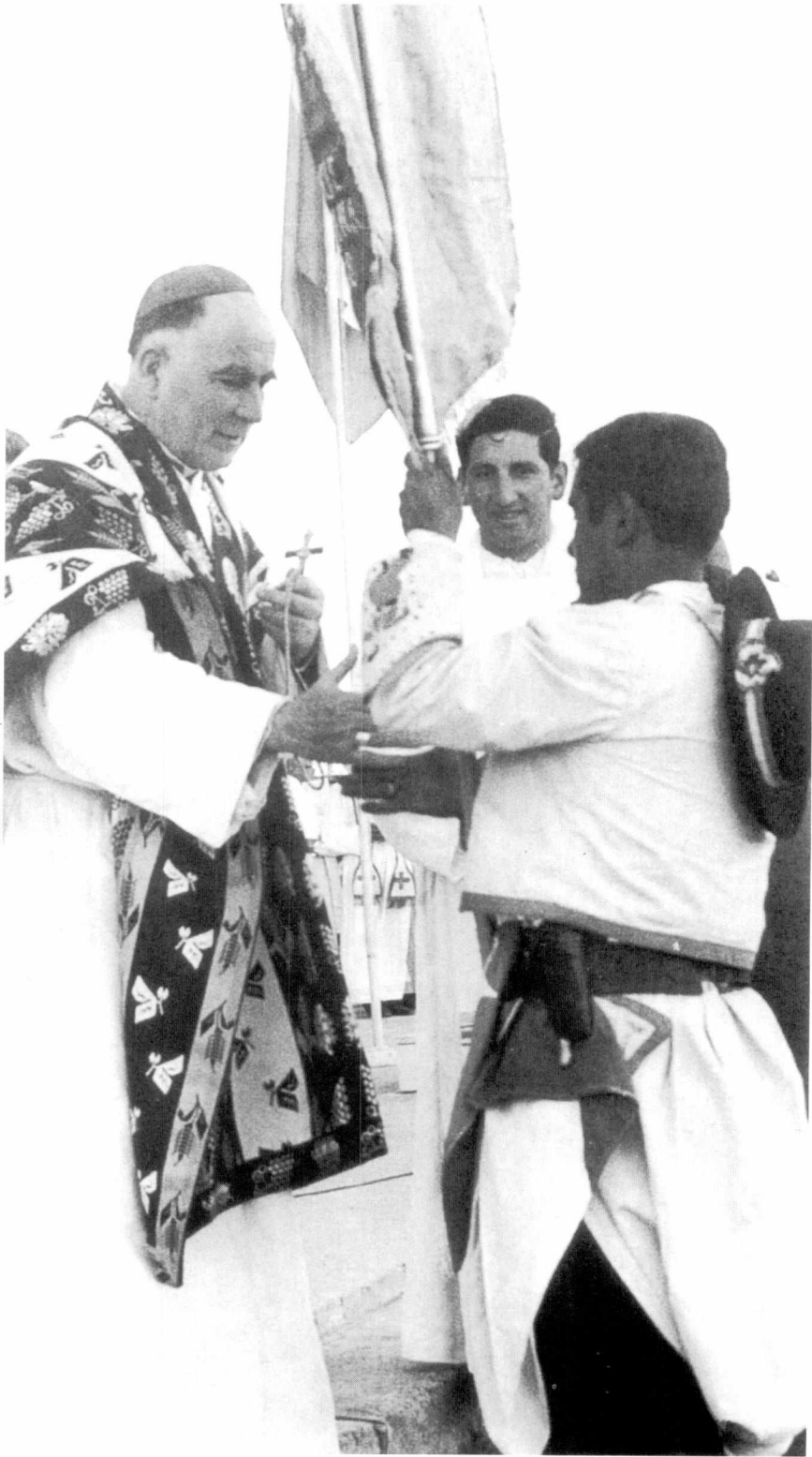
Don Raúl nos ha dejado un legado pastoral riquísimo. Encarnó hasta las últimas consecuencias el estilo del Pastor del Concilio Vaticano y que Juan Pablo sintetizó en la Encíclica *Centesimus Annus*: *“La consideración atenta del curso de los acontecimientos, para discernir las nuevas exigencias de la evangelización, forma parte del deber de los Pastores”*.

Su opción por la Congregación de los Salesianos de Don Bosco, nos contaba, estuvo motivada principalmente, por su deseo de entregarse como sacerdote al servicio de los más pobres, particularmente de los jóvenes que pertenecen a la clase de los trabajadores.

Igualmente decía que desde que llegó al Arzobispado de Santiago, su gran anhelo era el encontrar la manera más adecuada para llegar al alma de los trabajadores y darles a conocer la persona de Jesucristo, su enseñanza, la *Buena Nueva* que daría el verdadero y más poderoso sentido a las luchas de los trabajadores por la defensa y promoción de sus derechos.

Santiago, Junio de 1999.





EL CARDENAL SILVA Y LOS CAMPESINOS

IVÁN RADOVIC P.

Director Ejecutivo Fundación OCAC - Chile

«Los campesinos tienen derecho a la tierra que trabajan; a vivir dignamente junto a sus familias; a disfrutar del producto de su trabajo y yo no podría predicarles sólo con palabras, sino con obras». Son las palabras del Cardenal Raúl Silva al recordar sus motivaciones profundas para entregar las tierras de la Iglesia a los campesinos.

Corría el año 1962, se iniciaba el *Concilio Vaticano II* y la celebración de la Cuaresma de ese año marcó un hito en el destino de los campesinos de Chile. Junto al Obispo de Talca don Manuel Larraín, don Raúl decidió hacer carne el mensaje del Evangelio, para que fuera creíble a los ojos de los hombres.

Pero, no era una empresa fácil. Desde el comienzo se encontró con la oposición de muchos, hasta de sus propios canónigos, quienes debían autorizar esta transferencia, nunca vista en la historia de la Iglesia latinoamericana. Esta negativa no hizo cambiar la decisión profética de don Raúl que abriría el camino de la liberación a miles de campesinos.

El Cardenal Silva era un hombre de mucho coraje y de mucha fuerza. Nunca se amilanó ante las dificultades. Lo veríamos más tarde luchar de la misma manera por la Vicaría de la Solidaridad y por la mediación del Vaticano en el delicado conflicto con Argentina.

Era «el amigo de Dios» como lo destacaran el día de sus funerales: aquí estaba toda su fuerza, toda su humanidad y toda su proyección. «Parecía que siempre Jesús estaba sentado junto a él», señalaba uno de sus vicarios.

Se fue a Roma y habló personalmente con el *Papa Juan XXIII*. Y don Raúl contaba siempre esta entrevista a los campesinos. Al expresarle la oposición de su clero y la imperiosa necesidad de hacer vida el servicio a los más pobres, el Cardenal recordaba: «El Papa me guiñó un ojo y me dijo: siga, adelante no más, señor Cardenal, yo lo ayudo».

Así, los predios Los Silos de Pirque y Alto Las Cruces del Obispado de Talca y los predios Patagua Cerro, Alto Melipilla y San Dionisio del Arzobispado de Santiago fueron transferidos en propiedad a los campesinos en un proceso muy audaz, pero lleno de espíritu de justicia. Fueron 3.200 hectáreas que pasaron a manos de 228 familias.

A quienes hoy leen este artículo es preciso recordarles que la situación de los campesinos hace casi 40 años atrás era un escándalo para quienes tenían un mínimo de conciencia social: un asalariado de un fundo -un inquilino- vivía de manera subhumana, sin educación, sin acceso a la salud y casi sin relacionarse con el resto de la sociedad. El desafío que don Raúl se planteaba no era pequeño: el campesino debía convertirse en un sujeto capaz de efectuar, no sólo faenas agrícolas como las que hasta ese momento realizaba, sino conducir su propio proceso productivo, conocer el destino del mismo y sus resultados; tener capacidad para organizarse con sus pares y relacionarse con ambientes que nunca conoció. En síntesis, ser una persona con derechos...

Cómo me gustaría invitar a todos aquellos que con liviandad o asumiendo una prudencia mal entendida se opusieron a este proceso de dignificación a los campesinos. Invitar a aquellos que todavía viven y conocieron a los inquilinos de los Silos de Pirque, de Patagua Cerro, de Alto Melipilla, de San Dionisio, de Alto Las Cruces y comparar con lo que son ahora, ellos o sus hijos y nietos.

Todo esto fue la consecuencia de la mirada visionaria de un hombre de intensa fe. Una fe llena de aventuras que lo convirtió en un emisario de Cristo para los más débiles.

Mirados con una perspectiva de cuarenta años, los resultados de la reforma agraria de la Iglesia chilena son enormes. Este resultado sería suficiente para dar gracias a Dios y decir que valió la pena semejante esfuerzo. Capacitación, asistencia técnica, crédito, formación personal y de la comunidad fueron materias de un trabajo integral de desarrollo, lleno de amor y sacrificio.

Sin embargo, las obras que vienen de Dios tienen proyecciones limitadas: cinco años después esta reforma agraria de la Iglesia se haría extensiva a nivel nacional, la que culminaría con 10 millones de hectáreas expropiadas y 27 mil campesinos propietarios. A no mediar el golpe militar de 1973 y su contrarreforma agraria, habríamos podido ver también los resultados exitosos que el régimen militar hizo abortar.

Tampoco este revés desanimó al señor Cardenal. Convoco a mucha gente de buena voluntad y expertos en el tema campesino, para evitar que los ex-inquilinos y hoy propietarios vendieran sus tierras: IER, INPROA, INPRU, GEA, GIA, OCAC son algunas de las instituciones que en plena dictadura, bajo el alero y la animación del Cardenal lucharon sin descanso para apoyar a los campesinos en la defensa de sus tierras, cuya pérdida era casi inminente.

Hoy, a dos meses de su muerte y a 37 años de su revolucionaria reforma agraria en los predios de la Iglesia, me atrevería a decir que don Raúl, siempre visionario, diría que es necesaria otra reforma agraria en Chile, en oposición una vez más a empresarios, políticos y clérigos. Por cierto, no una reforma agraria como la

de 1967, porque los tiempos no se reeditan. Pero, él sabe muy bien que hay una verdad que duele a cualquier chileno bien nacido y es que la justicia social y la dignidad del hombre todavía no son realidad para la mayoría de los campesinos de Chile.

El diría hoy -con la fuerza del profeta- aunque todos se le opusieran como hace 37 años: ¿qué pasa con los minifundistas en Chile? ¿No creen que habría que pensar alguna fórmula para darles acceso a una tierra mejor, ya que de otro modo están condenados a morir? ¿Qué pasa con los comuneros del Norte Chico? Son grupos humanos importantes que tampoco tienen acceso a la tierra, ni a los medios mínimos para vivir, al agua potable, a la salud. ¿Es esto propio de una sociedad democrática? ¿Qué pasa con las familias mapuches, pehuenches, huilliches que tienen una propiedad ínfima, erosionada y de pésima calidad?

El denunciaría: el problema no está para nada resuelto. Muy por el contrario, se encrespa. Ni el gobierno, ni las iglesias, ni la sociedad civil han tenido un pronunciamiento claro frente a este conflicto que afecta a 800.000 indígenas. Siempre ha faltado la voluntad política para intentar resolverlo. ¿Esperaremos nuevos enfrentamientos violentos y muchos muertos para preocuparnos de ellos?

El Cardenal Silva diría: es urgente hacer algo y pronto. Pero, hacer algo que sea eficaz; que produzca cambios profundos en beneficio de estos seres humanos que pasan los años viviendo con sus familias sin esperanza alguna.

Nos miraría a todos y nos diría: ¿quién me acompaña en este nuevo desafío, parecido al de hace 37 años?

«Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios» (Del Testamento Espiritual del Cardenal Silva, conocido el día de su funeral).

Santiago, Junio 21 de 1999

EL CARDENAL, EL POLITICO

GONZALO COWLEY P.
Presidente PDC, Provincia de Valparaíso

Raúl Silva Henríquez, el Cardenal, nos ha dejado.

Se va su cuerpo pero no su espíritu. Se va su presencia cotidiana, para instalarse entre nosotros su legado, su fuerza y su ejemplo. Su alma es un poco esa alma de Chile que con insistencia pedía recuperar; el Cardenal era un hombre de esperanzas, sobrio, prudente, inteligente y con convicciones.

Creía en la persona y en la comunidad. Entendió desde siempre que más allá de los sistemas que se establecen para dar curso a la sociedad, lo importante sigue siendo el hombre y la mujer como personas integrales, no sólo sujetos económicos y materialistas, sino fundamentalmente seres humanos con derechos espirituales, trascendentes e inalienables.

Lo suyo era una palabra de amor como señalaba en su testamento espiritual. En la acción, en la vida práctica, en su vocación política -desde aquel sentido amplio en que se debe entender-, supo interpretar los más sentidos anhelos de la persona común que aspira a la felicidad y a su desarrollo en paz social. Desde la fe y el amor a Cristo entendió que era posible dar una respuesta concreta y testimonial a la vida en sociedad. En fin, el Cardenal es un faro que nos iluminó en la vida y el destello de su vocación nos ilumina en el futuro para seguir en pie trabajando por una sociedad más simple, más cristiana y con el amor como centro.

En esa idea, resulta imprescindible destacar la amplitud de la acción del Cardenal. A su trabajo en favor de la defensa de los derechos humanos, hay que sumar su compromiso con los campesinos, los niños, su esfuerzo educacional, con la empresa, su compromiso con los hombres y mujeres en pobreza, la asistencia espiritual y la creación de múltiples vocaciones políticas. Esto último, que puede ser un aspecto no mencionado de Don Raúl en forma explícita, es quizás, para quienes nos dedicamos con intensidad a la vida pública hoy, y para quienes lo hacían unos años, un gran legado y un signo de reconocimiento a su liderazgo ético, moral y convocante.

Es la idea de los espejos sociales. Es la idea de retratarse, de observar trazos, de reconocerse, de desafiarse, de aventurarse a partir de una forma, de una estética que nace de profunda convicción en una sociedad ordenada por el amor. El Cardenal era un poco eso. Un gran dominador de la belleza de las formas expresada en esa idea profunda de Cristo.

Había una idea en Roma, en la Roma antigua. Se hablaba de la "*Auctoritas*" y de la "*Potestas*". La *Potestas* era el poder formal, el que derivaba de un cargo determinado y que estaba sujeto a la legalidad y no necesariamente a la legitimidad. La *Auctoritas*, en cambio, era el poder moral, el que venía conferido por la experiencia, por la sabiduría, que era legítimo y no necesariamente legal. El poder de los ancianos generalmente. Don Raúl estaba inscrito en esa idea de *Auctoritas* y por eso lo respetamos y lo admiramos. Don Raúl, El Cardenal, era el hombre bueno y el pueblo lo distinguía con su cariño y él respondía con valor, con fuerza, con testimonio y con moralidad pública. Fue un político con todas sus letras, de aquellos que uno no encuentra siempre; digno, con convicción, inteligente, austero, con testimonio, emprendedor y certero.

Pensando en ello, me distraía en que puede motivar a un joven a participar en la definición de la vida común de su país. Pensaba que le podía faltar a ese joven que hoy no se interesa por lo público, o que no cree en quienes desarrollamos lo público, lo político, y pensaba en aquella estética mencionada. Las formas por las formas no tienen sentido. Es como el arte por el arte, que es casi imposible porque siempre existe un vínculo con lo que se cree, se ama o se desea, o es como la arquitectura cuando se siente atraída por la estructura vacía y no sirve a la ciudad habitada por personas. Entonces, pensaba en el Cardenal. Entonces, se venían imágenes de la presencia del Cardenal en la vida pública.

Cuando Don Raúl intervenía en Chile yo era pequeño. Así que pocos recuerdos tengo de los '70 y aún de los '80. Pero los que tengo están llenos de carácter, de profundidad, cada hebra va en el lugar correcto y uno la siente -ahora con el tiempo-, como un compás de ese Beethoven que solía escuchar en su silencio. El fondo de la vida tiene que acompañarse de una forma que la dignifique y en la política esa conjunción de forma y fondo Don Raúl la manejaba a la perfección.

Sabía expresar sus convicciones en palabras, frases, gestos, acciones y por supuesto en la globalidad de su vida. Por eso estamos agradecidos de su obra y de su vida.

El Cardenal supo mantener en pie la cadena humana de la esperanza, supo encender los corazones de muchas y muchos, nos dio aire para seguir avanzando y nos dejó un gran desafío que no es fácil; el desafío de la integridad, de la integralidad, del sentido de la gratuidad, del coraje y la valentía, del amor como centro, del testimonio como trazo de nuestra existencia, del sentido profundo de las acciones que se emprenden y de la enseñanza de Cristo que está presente en la ética y estética diaria de la construcción de nuestras vidas como personas y como comunidad que aspiramos a la felicidad, a la libertad y a la justicia.

Don Raúl Silva Henríquez, El Cardenal y el Político nos ha dejado.

EL CARDENAL DE LA ESPERANZA

FERNANDO QUILODRÁN

Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile

Como muchos que nos confesamos no creyentes, tengo, sin embargo de ello, alguna experiencia de Dios. Y es que nacimos y nos formamos en una sociedad fuertemente marcada por una ética que encuentra su origen en la cristiandad. Las primeras señales las recogimos en el hogar, en donde no faltaban las imágenes marianas y un Cristo dolorido. Y, como tantos otros, admiramos a aquellos espíritus fuertemente religiosos -pienso en François Mauriac, en Unamuno- que militan en el partido de la intransigencia, y en su búsqueda de la certeza de Dios demandan señales terrenales de su Reino.

Alguna vez lo llamé «ese inexistente activo», insolencia de la que no sería sincero renegar en estas páginas. Quizás sea, la duda, el mejor homenaje, o el único, que pueda dispensarle.

Tal vez habría que concluir, también, que tiene Dios entre sus no creyentes una retaguardia dispuesta, así como a la exigencia moral sin matices sospechosos, a una disciplina de la fraternidad y a una respuesta sin retóricas ni disfraces cuando le preguntan «por su hermano».

Y es que si algo ofende a la mirada joven es esa separación entre las palabras y los actos: una proclamada profesión de fraternidad y la práctica de la indiferencia, cuando no la crueldad hacia el semejante. Y no hablo de mí: me atrevo a sugerir que recojo en esto un sentimiento generalizado. Y esa amargura queda, socava e indigna. Y se debilitan lo que pudieron ser tempranas simpatías, y se olvidan y aún pierden los respetos por sus símbolos, de tanto ver en posiciones de predominio a quienes hacen de ellos un uso de mercaderes del Templo.

Si algo no haré nunca, es proclamarme no creyente, o ateo, como definición esencial de mi conciencia. No lo estimo relevante, ni obsta a mi relación con quienes sí profesan su fe con entereza. Me parece que, de hacerlo, sería legítimo observarme, aunque fuera con suave burla, una pertenencia a la especie no respetable de quienes se definen por lo que no son. La historia nos ha enseñado que no separan a los hombres sus creencias, y que lo más sólido es lo que se edifica en la diversidad y el auténtico respeto. Y que otra condición de la convivencia, y base insustituible de la sociedad, es la tolerancia activa, es decir, un respeto impertinente: la curiosidad por el otro, sus condiciones de vida y su espiritualidad.

Entre los recuerdos de mi primera juventud, están algunas mañanas de domingo en las que concurría a una plazoleta de Santiago a la cual el entonces anciano Cardenal

José María Caro se asomaba a saludar desde su ventana a los que allí esperábamos.

Más tarde, ya en el exilio, recibimos la visita de algunos obispos de la Iglesia Católica chilena. Recuerdo entre ellos a don Jorge Hourton, a don Tomás González, de Punta Arenas y a don Carlos Camus, de Linares. Y recuerdo cómo, en una Iglesia de Amsterdam, después de haber dialogado y escuchado las noticias de la patria, decenas de exiliados de los diversos partidos políticos de la izquierda chilena recibieron la Comunión, seguramente por primera vez de manos de un obispo.

Por aquel tiempo, los templos cristianos de todo el mundo abrían sus puertas para que los chilenos realizáramos nuestras actividades y los nacionales se expresaran solidarios con nuestro pueblo. Ya por entonces, la *Vicaría de la Solidaridad* que fundara don Raúl Silva Henríquez era, para todos, refugio de los perseguidos y posibilidad de la esperanza.

Del Cardenal, tengo en la memoria su imagen algún Primero de Mayo, presidiendo, junto a los dirigentes de la Central Unica, la CUT de esos años, la celebración del Día de los Trabajadores en una plaza de Santiago.

El no estuvo solo. En mis recuerdos de estos años ocupan un lugar de preferencia el *Concilio Vaticano II* y el entonces Pontífice Paulo VI, el «rojo obispo» Montini de Milán. Y no puedo olvidar la esperanza que recorría las tierras de la América nuestra al recibir las buenas nuevas de Medellín.

Yo creo que a don Raúl Silva Henríquez le dolía Chile en el corazón; como a Unamuno, España en el suyo. Y estoy convencido que de ese dolor profundo surgía la indesmentible sinceridad de sus acciones y la verdad de sus palabras, que a todos nos alcanzaba.

Y creo -lo creo con toda la irreverencia que ello implica- que Dios, después de haber creado el mundo, y con él al hombre, tiene hoy la gran tarea de ganárselo, porque el tiempo pesa en demasía cuando se acumulan por siglos los dolores que una racional convivencia pudiera evitarnos; y porque no sacian todos los hombres de la Tierra su hambre y su sed de pan y de agua y, mucho menos de justicia.

Dicho en otras palabras: si es el Creador, debe Dios hacerse cargo de su creación. Personas como don Raúl Silva Henríquez, tal vez sean para ese cometido su mejor apoyo. Hombres como él pueden hacer, a los no creyentes, dudar de su inexistencia. El es, si un Dios existe, su manifestación como padre cotidiano; su forma de hacerse historia entre los hombres, de compartir su suerte y de sustentar la esperanza.

Cuando recibí el honroso ofrecimiento de escribir estas palabras, supe que tenía que hacerlo sin fingimiento alguno. La mayor muestra de respeto que puedo hacer, en especial en esta ocasión, es la expresión simple de la verdad.

Este es mi testimonio. Este es el Cardenal Silva Henríquez que yo conocí.

DON RAUL Y LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

ALVARO RAMIS
Ex presidente de la FEUC

El valor de asumir una opción

La muerte del Cardenal Raúl Silva Henríquez ha traído a la memoria colectiva de nuestra sociedad una serie de acontecimientos y sucesos que al parecer no tienen cabida en el diseño comunicacional de Chile Actual. Estamos acostumbrados a escuchar como nuestro país ha avanzado en una transición «ejemplar» desde que la ciudadanía se atrevió a tomar un lápiz para decirle NO al autoritarismo y caminar con paz y reconciliación en la senda de progreso que la «nueva alegría» traería para todos. Los años en este rumbo han revelado una verdad muy diferente.

La muerte de don Raúl ingresa por ello como una nueva disonancia, una poco agradable memoria, un desagradable testimonio finisecular. Es una molestia a los oídos complacientes que han olvidado al Alma de Chile para correr tras los mercados, las marcas y las apariencias de Chile.

Don Raúl supo granjearse suficientes rechazos y epítetos llenos de rudeza durante su vida como para ser un destacado hito, que continúa dividiendo las conciencias más allá del tiempo y de su propia ausencia física. A pesar de que ante las cámaras no exista político alguno que haya rehusado alabar a don Raúl, el pueblo, mudo testigo de su adiós, bien conoce y recuerda las verdaderas opiniones que cada uno en este país ha expresado con relación a este obispo incómodo y aguerrido.

Dentro de las múltiples causas que llevaron a Silva Henríquez a ganar la desconfianza y antipatía de las élites dominantes de este país hay una que no ha sido especialmente señalada en este tiempo. Me refiero a la posición del Cardenal en los álgidos momentos de la toma de la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Chile por parte de la Federación de Estudiantes, el 11 de Agosto de 1967.

En medio de un sistema universitario caracterizado por los propios estudiantes como una «*Torre de Marfil*», alejada de la realidad encerrada en la suntuosidad de un conocimiento desvinculado de la historia, la toma de la Casa Central surge como una rebelión desde el seno de los mismos privilegiados estudiantes. Es el escandaloso contraste de ver en la fachada la conservadora universidad del rector Silva Santiago el ya mítico lienzo «*Chileno, El Mercurio miente*». Es la expresión

del desfase existente entre las búsquedas de los jóvenes y las propuestas institucionales de un país ensimismado y sin voluntad de avanzar. Es el más claro quiebre con la tradición peticionista y reivindicativa por mecanismos parlamentarios y representativos anclados en la clase política y un signo de la nueva capacidad de llegar a acciones directas desde el mismo movimiento social.

Es esta la situación que debe ser puesta en consideración del Arzobispo de Santiago y que exige, sin tapujos, una definición que no puede dejar de ser contradictoria: los estudiantes exigen la salida del Rector y el llamado a un claustro del que surja la nueva autoridad. El rector Silva Santiago, antiguo Arzobispo de Concepción, es un hermano en el episcopado para don Raúl. Sectores tradicionalistas del catolicismo criollo se vuelcan en la defensa de un modelo de universidad construido desde su origen para oponerse a los desvaríos de la modernidad secularizante. Surgen los estudiantes «*gremialistas*» que tratan de tomar la universidad en defensa del rector. La prensa conservadora, aliada permanente de la Iglesia durante este siglo, ataca sin piedad el movimiento, acusándolo tal como lo hace hoy, con los nuevos conflictos populares y estudiantiles, de estar instrumentalizado.

Lo importante es que don Raúl optó. Y optó por la causa de los estudiantes. A pesar de todo lo que esta decisión supone, su opinión se puso del lado de la incertidumbre, del riesgo de aventurarse con nuevos hombres en la construcción de una nueva universidad.

Sin duda, don Raúl no necesariamente compartía el pensamiento de los estudiantes rebeldes ni es posible pensar que estaba de acuerdo con los procedimientos que el movimiento estudiantil estaba llevando adelante. Pero más allá de todo eso, la voluntad final de don Raúl estaba puesta en una opción de cambio. Y si era necesario el escándalo y el rechazo para llevar adelante este programa, se debía enfrentar ese costo.

A mi juicio, no se puede comprender al Cardenal de los años setenta y ochenta, volcado en la defensa de los perseguidos, a pesar de todas las asperezas que esta tarea implicaba, sin volver la mirada a este hombre que ya en los años sesenta se aventura a asumir los riesgos que le impone su misión.

Sin duda, la palabra que mejor define esta actitud de don Raúl es su capacidad de asumir una opción y jugarse el todo por ella. Hoy, en medio de un Chile aventurado al juego estéril de los acuerdos más vergonzosos, de las negociaciones espurias, de los consensos artificiosos y armados a la medida de las conveniencias, los gestos del Cardenal sueñan extraños. Ningún personaje público, hoy por hoy, estaría dispuesto a jugarse su imagen en defensa de movimientos sociales satanizados desde el establishment. Ningún hombre puesto en situación de poder sería capaz de ver con confianza a sectores que alteran la anhelada y sacrosanta «*governabilidad*». ¿Quién confiaría hoy en las potencialidades de un movimiento que nace desde el más «*riesgoso asambleismo*» y que toma en sus propias manos la resolución de sus

conflictos? Sin duda, esta faceta de don Raúl es poco conveniente en una época en que transar sin parar se ha convertido en una actitud recurrente.

Los costos de hacer opciones como la que realizó en 1967 don Raúl siempre se pagan. En 1973 su decisión de despojarse de su cargo de Gran Canciller de la Universidad Católica, fruto de su oposición a la intervención militar de esta casa de estudios y de la imposibilidad de hacer respetar esta institución como una obra de la Iglesia refleja esta realidad. Nunca recuperará su rol de garante de la catolicidad de esta universidad y verá como son perseguidos y exonerados los antiguos constructores de la nueva universidad. Veintitrés académicos y estudiantes de la Universidad Católica serían detenidos y ejecutados en el Chile de las sombras.

Por eso, dentro de los múltiples homenajes que se han rendido a la figura de don Raúl todavía está ausente uno: el de esta Pontificia Universidad. Esta ausencia no es casual ni arbitraria. El peso de muchas conciencias no puede incorporar el reconocimiento a un hombre que en palabras y gestos denunció como pecado la misma obra que ellos trataban de levantar.

Sin duda, el Cardenal Silva Henríquez reexpresa la vieja imagen del profeta, débil y atacado por los hombres, pero fuerte en la mano que los sostiene con el signo de la misión:

«Adondequiera que te envíe irás y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo que contigo estoy yo para salvarte, oráculo de Yahvé. Entonces alargó Yahvé su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahvé: mira que he puesto mis palabras en tu boca». Jeremías 1, 7-9.

Cardenal Silva Henríquez, un Hombre de Dios

JAIME ESCOBAR M.

Escuchar el *Testamento Espiritual* del Cardenal Raúl Silva Henríquez en la Iglesia Catedral, en donde reposan sus restos, nos reafirma con claridad y sabiduría el profundo sentido cristiano, acogedor y pluralista que tuvo todo su magisterio Episcopal. Son innumerables sus acciones de bien común en este sentido, las que le valieron un reconocimiento mundial por su opción preferente por el pobre y la defensa y promoción de los *Derechos Humanos*. Así fueron, por ejemplo, las distinciones que recibió de *Naciones Unidas* en 1978, de la *Fundación Bruno Kreisky* de Austria en 1979 y de varias universidades al otorgársele doctorados Honoris Causa en reconocimiento por su lucha por la justicia y la libertad.

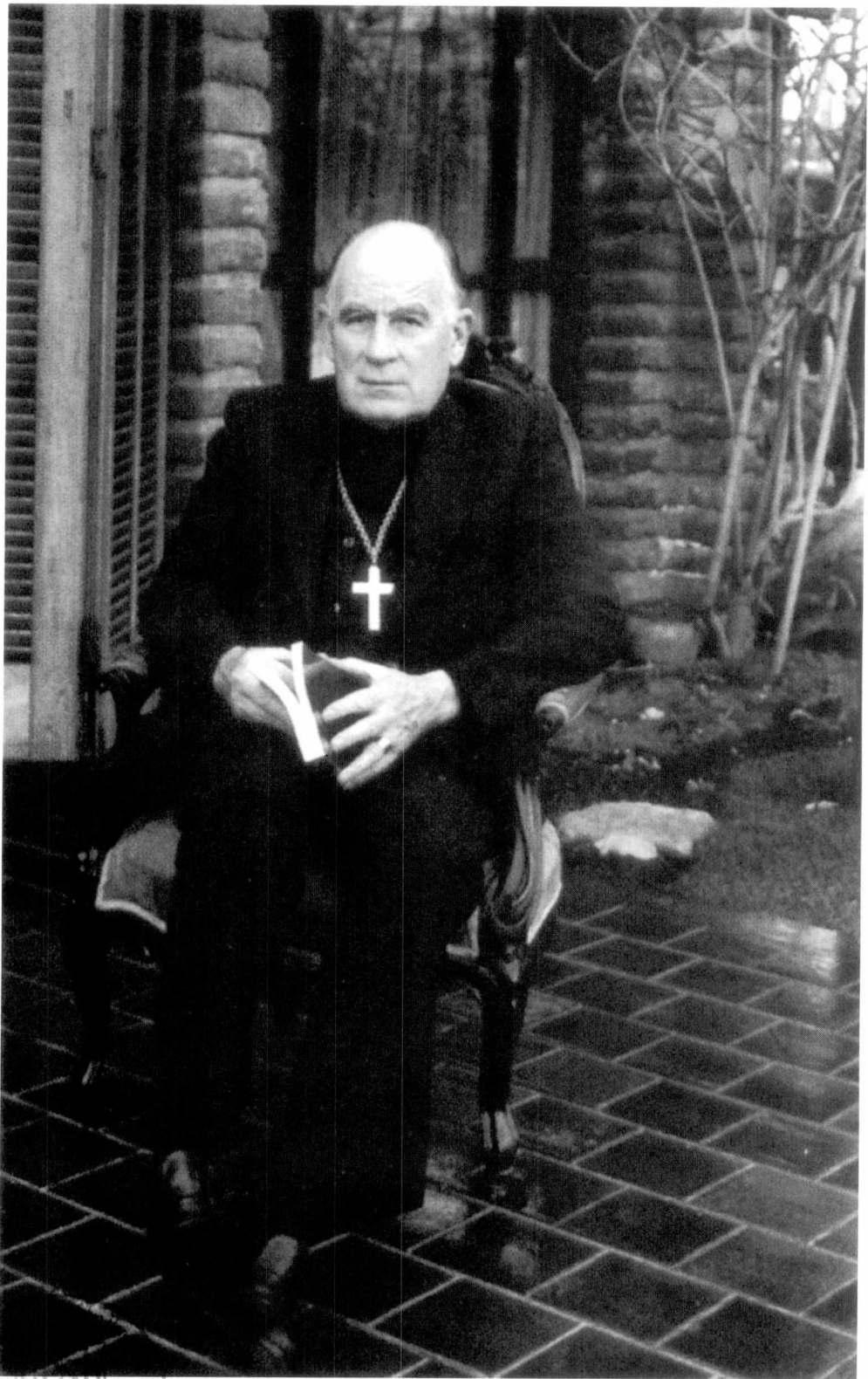
En este contexto, queremos recordar hoy y como ejemplo para las generaciones futuras, que el Cardenal Silva Henríquez no tuvo impedimento alguno para celebrar el 3 de noviembre de 1970 un solemne *Te Deum* en la Catedral de Santiago, el mismo día que *Salvador Allende* asumía el mando de la Nación.

El Cardenal, esos histórico día, señaló estas palabras tan humanistas como proféticas: «Recién recibida la insignia del mando supremo de la Nación, ha querido el señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto que lo enaltece, de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile representados aquí en los Pastores y Ministros de sus diversas Comunidades de Fe. En nombre de todos los que creemos en Dios, y que por eso amamos y respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta Celebración Litúrgica. Tres son las afirmaciones que parecen resumirlo: una antigua tradición nos congrega, una común alegría nos anima y una urgente misión nos compromete».

La historia de Chile señala cómo se fue gestando una respetuosa relación con el Presidente Allende, basada en la sinceridad, buena comunicación y reconocer lo que ambos pregonaban: dignidad para el pueblo chileno. Todos coinciden en señalar al Cardenal Silva como un incansable precursor del diálogo para evitarle a Chile la tragedia del 11 de septiembre de 1973. También hoy todos reconocen que la palabra del Cardenal tuvo siempre una excelente acogida en La Moneda durante los tres años del Gobierno Popular. El Cardenal siempre recordó con afecto al Presidente Allende y tuvo palabras de gratitud hacia una gran parte de la obra que él impulsó.

Otra muestra del profundo respeto al hombre y la pluralidad fue en 1969, cuando en su calidad de *Gran Canciller* de la Universidad Católica aprobó otorgarle a *Pablo Neruda* el *Doctorado Honoris Causa*, y dijo: «Creo que la Universidad, al concederle este título, realiza un gesto que tal vez no sea comprendido por los necios, pero sí por otras personas de valer... hemos aceptado el Ecumenismo y llamado hermanos a los cristianos no católicos... hemos reconocido valores en gente que no piensa como nosotros y defienden los derechos de los humildes».

Por esto y mucho más, el pueblo despidió a su Cardenal masivamente y toda persona de buena voluntad dice junto a los cristianos: *Don Raúl es un hombre de Dios*.



RAUL SILVA HENRIQUEZ

EL HOMBRE Y SUS CIRCUNSTANCIAS

ARMANDO DE RAMÓN
Premio Nacional de Historia

El hombre rinde el máximun de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica con el universo.

JOSÉ ORTEGA: Meditaciones del Quijote.

Este artículo no se ocupa de la administración misma que Monseñor Silva realizó en la arquidiócesis de Santiago, la que ha sido destacada y reseñada en numerosos artículos parecidos tanto en la época en que se retirara del gobierno de aquella, como más tarde en la fecha en que se produjo su muerte.

Su acción múltiple y fecunda en la enseñanza (Vicaría de la educación, crisis y reforma en la Universidad Católica de Chile y creación de la Academia de Humanismo Cristiano), como en la reorganización de la arquidiócesis (La Gran Misión, el Sínodo de la Iglesia de Santiago, el nuevo Seminario), o especialmente su obra en pro del respeto de los derechos humanos (Comité Ecuménico de Cooperación para la Paz, la Vicaría de la Solidaridad y la Vicaría de Pastoral Obrera) le acarrearón, no sólo el respeto de la comunidad internacional en una medida nunca antes vista para un obispo latinoamericano, sino que le permitieron empinarse a la categoría de uno de los actores más importantes de la historia contemporánea de Chile¹.

Por el contrario, preferimos hacer un análisis de los aspectos político-religiosos de la obra de este eminente pastor tomando en cuenta que, para el relato de su gobierno en la Arquidiócesis de Santiago, se deben tomar en cuenta dos partes bien definidas.

La primera corre desde su entronización en 1961 hasta el golpe militar ocurrido en Chile el 11 de septiembre de 1973. Este capítulo o etapa, que se refiere a su rol frente a los profundos cambios estructurales, teológicos y pastorales de la Iglesia de América Latina y Chile y a las reacciones del prelado frente a ellas, es la menos conocida y a ello nos remitiremos durante gran parte de este artículo.

La segunda, va desde aquella fecha y se extiende por casi diez años hasta el término de su administración a mediados de 1983. Esta última etapa, por los graves problemas que debió abordar y por lo novedoso, eficiente y audaz de las soluciones encontradas, es la más conocida y a la que suelen referirse con más frecuencia los estudios y artículos que se han hecho sobre este prelado.

a. La evolución histórica de la Iglesia Católica Chilena (1832 - 1952)

Como digna hija de la Iglesia Española, y pese al espíritu avanzado de algunos de sus pastores, las autoridades eclesiásticas chilenas se aferraron durante todo el siglo XIX y en buena parte de la primera mitad del XX, a una visión conservadora del país y de su sociedad. Ello produjo un paulatino alejamiento de parte de la población, en especial de la población masculina de las clases altas y medias, que evolucionaron hacia un agnosticismo cada vez más acentuado y, también, de parte de las clases bajas muchos de cuyos miembros, desde principios del siglo XX, se sintieron atraídos por las nuevas confesiones protestantes que se hicieron presente desde 1910².

Respecto de América Latina y durante el siglo XIX, los pontífices romanos se interesaron de preferencia por la relación entre el Estado y la Iglesia así como por el mantenimiento y el aumento del poder y de la influencia del catolicismo en los nuevos países. Durante el Pontificado de Pío IX (1846-78), las dificultades con los gobiernos de Iberoamérica parecieron aumentar, sin duda a causa de los conflictos con el liberalismo y también a la fuerte e intransigente personalidad del Santo Padre. La célebre encíclica «*Quanta Cura*» dictada el 8 de diciembre de 1864 y su anexo el «*Syllabus errorum*», condenaron al racionalismo naturalista, al indiferentismo y al laicismo socio-político. Esta encíclica expresaba el principio neo tradicionalista de que «el error no tiene derechos» y que sólo debía abrazarse y profesarse la verdadera religión católica. Por tanto, la verdad se encuentra únicamente en el catolicismo porque sólo esta religión es revelada siendo la revelación la instancia última de la verdad, no la razón ni la filosofía.

En cuanto al socialismo y al marxismo, emergente desde 1848, el *Syllabus* se refiere a ellos tangencialmente calificándolos como «pestilencial doctrina». Por su parte León XIII (1878-1903) también se ocupó de estas ideas debido al progreso que habían alcanzado a finales del siglo XIX dentro del mundo obrero. Para hacer su condena dictó en 1878 la encíclica «*Quod Apostolici Muneris*» recordando en ella a los gobiernos del mundo que «la Iglesia de Cristo posee más remedios para combatir la peste del socialismo que todas las leyes humanas, las órdenes de los magistrados y las armas de los soldados» por lo que recomienda que «devuelvan a la Iglesia su condición y libertad, para que pueda eficazmente desplegar su benéfico influjo en favor de la sociedad humana».

Este pensamiento, con brillantes excepciones, no fue puesto en duda en los círculos elitarios chilenos. Por el contrario, puede decirse que en todas las diócesis del país pero, muy en particular, en la de Santiago, desde Manuel Vicuña Larraín (1832-1843), su primer arzobispo, y hasta por lo menos Juan Ignacio González Eyzaguirre (1908-1918), el cuarto de esta serie, todos los prelados fueron sin duda conservadores de pensamiento y acción llegando a ser, algunos de ellos, muy cercanos al viejo partido de este nombre. Lo mismo ocurría con los laicos católicos quienes estaban convencidos de «que no se puede ser católico sin ser conservador» y

que toda la acción pastoral y de caridad debía estar enfocada a evitar las sublevaciones populares. Así lo afirmaba con vehemencia uno de ellos diciendo «Católicos, defended la sociedad y defendeos vosotros mismos. Sujetad al pueblo por medio del freno de la religión. Acordaos que nuestro pueblo es feroz cuando se desborda»³.

Los cambios comenzaron a notarse en Chile con la entronización del quinto arzobispo, Crescente Errázuriz Valdivieso (1919-1931). Este famoso prelado, antes de alcanzar tal cargo, y frente a afirmaciones como las recién transcritas, planteó la doctrina de que el clero debería independizarse de todo partido político, incluso, por supuesto, el conservador. Pensando de esta manera y, debidamente autorizado por el Vaticano, este arzobispo acordó con el gobierno del presidente Arturo Alessandri (1920-25) la separación entre la Iglesia y el Estado de lo que quedó consagrado en la nueva Constitución dictada ese año 1925.

Don Raúl Silva nos relata en sus Memorias que en 1938 y a pesar de este acuerdo, una mayoría de sacerdotes seguía haciendo promoción al partido Conservador desde los púlpitos, por lo que «parecía un implícito fuera de discusión que la grey que quisiera participar en política tenía un cauce orgánico en esa colectividad». Estimo que ello era posible, todavía, debido a que Monseñor Errázuriz había sido sucedido por don Horacio Campillo Infante (1931-1939), reconocidamente afecto a aquel partido político.

Por eso Monseñor Silva afirma que entre los sacerdotes sólo había una minoría que «comenzaba a vislumbrar que ese camino no era el único» y relaciona este nuevo pensamiento nacido entre los eclesiásticos con una crisis política de importancia cual era la formación de una juventud conservadora y a la cual los jóvenes se sentían interpretados por la doctrina social cristiana ingresaron a falta de otro partido «pero (que) se mostraban críticos hacia la actitud que los conservadores tenían ante el magisterio social de la Iglesia».

Por esa misma época, se pudo observar una nueva arremetida del clero conservador en pro de este partido: El obispo de Concepción Gilberto Fuenzalida (1918-38), destacó en una pastoral emitida en 1934 la obligación de los miembros de la Acción Católica a votar por el partido Conservador y propuso que el Episcopado Nacional emitiera una declaración en este sentido. Frente a ello el Nuncio Apostólico recomendó que se consultara primero sobre el particular a Roma y correspondió al entonces secretario de Estado Cardenal Pacelli, futuro Pío XII, la redacción de la respuesta. En ella estableció 1) que ningún partido político podía arrogarse la representatividad de la Iglesia, 2) que debía dejarse en libertad a los cristianos para constituir agrupaciones políticas con tal que dieran garantías a la Iglesia, y 3) que el clero debía abstenerse de hacer propagandas en favor de un determinado partido político. Estas ideas fueron asumidas por la Iglesia Chilena y expuestas en la Pastoral emitida en 1935 y titulada «*La Iglesia, la Acción Católica, la Política y los Partidos Políticos*».

En sus memorias, Monseñor Silva recuerda la ruptura que se produjo entre la juventud conservadora que tomó en nombre de *Falange Nacional* y el partido mismo la cual tuvo lugar a raíz de que la Falange decretó libertad de acción frente a la elección presidencial de 1938. Este hecho fue mal visto por la jerarquía eclesiástica de entonces y terminó obligando a estos jóvenes a separarse del tronco conservador creando «otro partido de raigambre cristiana, fuertemente competitivo de los conservadores».

El triunfo electoral de octubre de 1938 que llevó a la presidencia de Chile al señor don Pedro Aguirre Cerda (1938-41) y al temido *Frente Popular*, fue otra de las circunstancias que dejaron paso a nuevos cambios dentro y fuera de la Iglesia. Monseñor Campillo renunció al arzobispado de Santiago y el Papa Pío XII designó para sucederlo, como sexto arzobispo a don José María Caro Rodríguez (1939-1958) quien había reconocido el triunfo del señor Aguirre desde el primer momento. Más tarde y contra el sentir de la mayoría de los católicos de derecha expresó en una entrevista que «el presidente Aguirre Cerda vale mucho y está rebosando sanas intenciones. Sus deseos de dar al pueblo reformas que entrañen el bien de las masas son bien conocidas y muy loables. La Iglesia Chilena está dispuesta a ayudarlo con todas sus fuerzas».

Durante el gobierno de don José María Caro se acentuó la evolución de la Iglesia y los eclesiásticos. En 1939, el recién nombrado obispo de Talca, Manuel Larraín Errázuriz (1939-66) se pronunció por volver a la esencia del catolicismo que es ser social, indicando que había «muchas reivindicaciones sociales que figuran en programas ajenos a los católicos» las que, sin embargo, eran cristianas pese a la oposición de algunos católicos actitud que era anticristiana. Otro hecho importante en este aspecto lo constituyó el nombramiento del hoy Beato padre Alberto Hurtado (1901-1952) en el cargo de asesor nacional de los jóvenes de la Acción Católica, cargo desde el cual motivó a esta juventud a ejercer una profunda espiritualidad Cristocéntrica y a tomar un compromiso social. Toda esta evolución, como era de prever, no pudo hacerse sin conflictos siendo quizá, el más recordado, la confrontación entre la Juventud de la Acción Católica y el entonces obispo auxiliar de Santiago Augusto Salinas Fuenzalida (1941-50), conflicto que también amenazó a la misma *Falange Nacional* como partido. Finalmente, la celebración del Concilio Plenario Chileno de 1946 pasó a ser otro hito en esta evolución ya que durante su desarrollo, los obispos estudiaron la organización futura de la Iglesia Chile y se dieron las bases para establecer en 1952 la Conferencia Episcopal de Chile.

b. La importancia que para el catolicismo alcanzó Iberoamérica

América Latina había asumido un rol importante en el catolicismo mundial ya desde la década de 1920, luego de la solución del conflicto mexicano (1928 y 1936), de la separación de la Iglesia y el Estado en Chile en 1925 y la afirmación de su presencia en casi todas las demás repúblicas del continente.

No contento con estos logros, el Papa Pío XII (1939-1958) decidió dar un nuevo impulso al convocar en agosto de 1955 a un sínodo de los obispos de América Latina en la ciudad de Río de Janeiro. Para ello dictó la carta apostólica *Ad Ecclesiam Christi* donde expresó que «Si lo exigen las circunstancias, deben adoptarse métodos nuevos de apostolado y abrir nuevos caminos que, a la vez, mantengan una gran fidelidad a la tradición de la Iglesia, se adapten mejor a las circunstancias del tiempo actual y aprovechen las conquistas de la civilización».

Esta reunión creó, entre otros, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) del cual fue primer presidente el ya citado obispo chileno Manuel Larraín Errázuriz. Este organismo contó con una secretaría permanente en Bogotá siendo su primer secretario general Monseñor Helder Cámara (n. 1909) obispo de Olinda Recife (Pernambuco). Una de las principales obligaciones del CELAM fue la de citar a reuniones anuales, la primera de las cuales fue convocada en 1956. Dos años más tarde, Pío XI creó la Comisión Pontificia de América Latina (COPAL) para que coordinara la curia vaticana con el CELAM.

Las primeras conclusiones de los trabajos de estos organismos verificaron el contraste que se había producido en Iberoamérica entre la explosión demográfica de un continente cuantitativamente católico y la falta de sacerdotes, subrayando que dentro del total de éstos, la mitad eran extranjeros. El documento concluía que había que realizar una «segunda evangelización de América Latina», la cual habría de hacerse no sólo con vista a conservar la fe, sino como una «pastoral dinámica». Para ello, había que descentralizar la acción pastoral buscándose una «desclerización» que incluyera a los religiosos no clérigos, a las religiosas cuyo número crecía proporcionalmente en forma superior a los de los clérigos y también a los laicos a los cuales había que formar y responsabilizarlos en tareas específicas superando, así, «una eclesiología de simple administración clerical». Añadía, como campo de preocupación pastoral y teológica, el tema de la pobreza en un continente donde ella se producía como consecuencia de situaciones estructurales.

c. Don Raúl Silva y los problemas que afectaron a la primera parte de su gobierno:

A poco de asumir su cargo, al arzobispo de Santiago se le plantearon dos desafíos de gran magnitud como lo fueron el *Concilio Vaticano II* (1962-65), recién convocado por el papa Juan XXIII (1958-1963) y la *Conferencia de Medellín* celebrada en esta ciudad de Colombia a fines de la misma década en 1968.

Ambos acontecimientos y las opiniones que entonces vertió Monseñor Silva, nos permiten atisbar el pensamiento y la posición que este prelado tuvo entonces frente a los cambios que surgían en la Iglesia por todos los frentes. Todo ello debemos relacionarlo también con dos acontecimientos ocurridos en la misma década y que se desarrollaron en el país dentro del marco de los cambios políticos que acá mismo sucedían.

El primero se refiere a la reforma agraria planteada por la Iglesia y que debió soportar la oposición más enérgica de parte de la derecha política chilena. El segundo, tuvo que ver con los excesos de la devoción mariana.

Esa derecha que antes quiso ser puntal firma de la Iglesia Católica, hoy se encontraba frente a una Iglesia sostenedora de propósitos que amagaba sus propios intereses económicos. Ya había dejado de existir esa derecha aristocrática, ponderada, sensata y bonachona, aquella derecha chilena de Emiliano Figueroa Larraín, de Miguel Cruchaga Tocornal, de Jorge Alessandri Rodríguez y de Juan Antonio Coloma Mellado. En cambio y, pese a ilustres excepciones, había iniciado su traslado hacia otro estilo y otros hombres más acordes con los anti valores del hitlerismo o del fascismo los que comenzaron a llenar de horror y angustia a Chile y a América Latina del brazo de los ejércitos y de los grupos paramilitares.

La reforma agraria que hizo la Iglesia en sus propiedades y latifundios se apoyó en una pastoral firmada por todos los obispos del país: «*La Iglesia y el problema del campesinado chileno*», la cual pretendía establecer los principios básicos que debía contener una reforma de inspiración cristiana y que debían dirigirse a «transformar íntegramente al hombre, valorizar todas sus posibilidades individuales y colectivas, espirituales y temporales». Como el mismo Cardenal recuerda, el Censo Agrícola y Ganadero elaborado en Chile en 1955, había demostrado que el 81,2% del total de la superficie agrícola censada, la ocupaban diez mil grandes fundos mientras que otros quince mil predios de explotación familiar y subfamiliar, ocupaban en cambio sólo el 7,4% de la misma superficie. A esta situación y a la mala explotación de los grandes predios se debía que la producción agrícola no aumentara y la rentabilidad de la explotación sufriera un continuo descenso. A la vez, y junto con las inaceptables condiciones de vida del campesino, se había iniciado un proceso de importación de alimentos que la tierra no era capaz de ofrecer.

La reforma fue iniciada por el obispo Manuel Larraín en Talca entregando a sus trabajadores el fundo Los Silos el 28 de junio de 1962. A su vez el arzobispado de Santiago, anunció que en sus fundos El Alto de Melipilla y Las Pataguas de Pichidegua, más la hacienda San Dionisio en Linares y El Alto de Las Cruces en Talca, se haría el mismo proceso.

De inmediato surgieron las críticas y los ataques. Pero sin duda el más artero fue el que emanara del Cabildo de la Catedral de Santiago, donde los canónigos opusieron la excepción de que se trataba de bienes donados con un fin preciso y que no podían ser destinados a otro, el Cardenal, sin embargo, opuso su voluntad y la reforma se hizo pese a las amenazas.

Estos hechos y otros que se verán más adelante, se tradujeron en una acusación firmada por muchos sacerdotes y laicos en contra del Cardenal y fue presentada ante el Santo Oficio en Roma. A ella Monseñor Silva contestó: «El

Cardenal, procurando siempre ser caritativo y buscando no dar motivo a las disputas y las críticas, dirige la pastoral de la Iglesia de acuerdo con la mayoría de los obispos, según el dictamen de la prudencia, y teniendo en cuenta la situación social del país, con la mira de obtener la victoria sobre el comunismo ateo, principal enemigo de la Iglesia en la hora presente en Chile.» A esto agregó un comentario expresando su asombro de que en la Iglesia se pueda recurrir a distintas instancias sin antes averiguar la verdad de las cosas en la Secretaría de Estado. Cree que ello se debe a que los enemigos del Cardenal recurren al Santo Oficio pensando que «este Tribunal tiene una influencia determinante en el gobierno de la Iglesia, que se ejerce a favor de las ideas conservadoras».

Lo anterior tenía relación también con una frase expuesta por Monseñor Silva en una de las sesiones del Concilio Vaticano II y que tenía relación con la devoción mariana. Decía así: «Nos agrada particularmente la afirmación abierta de la única mediación de Cristo a la cual no puede añadirse ninguna otra en su orden propio... a esto se agrega que no pocos predicadores, extendiéndose en la mediación de María, no ponen suficientemente de relieve la mediación de Cristo. Se origina así una deformación en los fieles, además de escándalo para algunos hermanos separados de nosotros». Al día siguiente, 17 de septiembre de 1964, El Mercurio de Santiago titulaba en forma destacada «Cardenal Raúl Silva Henríquez afirmó en el Concilio que es excesiva la Devoción Mariana», y pocos días más tarde, a comienzos de octubre, el Cabildo Metropolitano rechazó la entrega de los fondos de la reforma agraria. Por ello, uno de los periodistas que asesoraba al Cardenal le manifestó que ambos sucesos estaba relacionados y que el grupo conservador «utilizaba distintas formas para manifestar su oposición mi gestión pastoral. Algunas veces se trataba de una resistencia desde el punto de vista pastoral, y las otras desde una perspectiva política».

Los grupos más avanzados le dieron un golpe mayor. Tal fue la «toma» de la Catedral de Santiago el 11 de agosto de 1968⁴ la cual tenía algunos precedentes emanados de la formación del grupo «*Iglesia Joven*», compuesta por laicos y religiosos de parroquias periféricas de la capital de Chile. Ya en junio de ese año habían enviado una agresiva carta al Papa Paulo VI (1963-78) con motivo del viaje de éste a América Latina.

«¿Y a qué viene el Papa (a Colombia)? ¿A bendecir la miseria? ¿A predicar la paciencia en la injusticia? ¿O viene como otro Jesucristo a denunciar la injusticia bajo todas sus formas, a comprometerse con los pobres que sufren, a gritarles a los ricos la verdad del Evangelio?».

Esta «toma» duró unas pocas horas, pero sentó un precedente muy serio. Monseñor Silva la titula «El asalto a la Catedral» y compara al grupo Iglesia Joven con el que surgía al otro lado del espectro titulado «Sociedad de Defensa de la Tradición. Familia y Propiedad» que atacaba a la revista Mensaje, al Centro Bellarmino y a Desal (incluyendo su director el Padre Roger Vaughan) pidiendo



fuera «eliminada enteramente la acción de eclesiásticos y laicos progresistas favorables al comunismo». El Cardenal suspendió *a divinis* a los ocho sacerdotes que encabezaron aquella «toma», convocó a una Misa de desagravio declarando al mismo tiempo que «La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados olvidados de su misión de Paz y Amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile».

Entre los ataques de los católicos de derecha y de izquierda, Monseñor Silva trató de colocarse en una posición equilibrada y equidistante, que diera garantías pero que resguardara la autonomía de la autoridad religiosa. Esta tarea era en verdad posible y aseguraba una posición equilibrada a su defensor. Pero había otras, mucho más delicadas, que no permitirían a Monseñor Silva conservar esa especie de neutralidad equilibrada, que le permitía ser divergente de los extremos, pero que lo mantenía como el mejor juez para dirimir esos problemas. Una de ellas fue la «toma» ya mencionada; pero habría otras muy difíciles en el futuro.

d. El Concilio Vaticano II, las reformas a la Iglesia y sus efectos

Cuando se inició el Concilio Vaticano II (1961-65), la actividad del CELAM había permitido la revisión y actualización de muchos de los temas que preocupaban a la Iglesia. Así la V Conferencia efectuada en Buenos Aires en 1960 y la VI en Ciudad de México en 1961, tuvieron como tema central los problemas pastorales que planteaba la sociedad latinoamericana. En esta época apareció la llamada «tecnología del cambio» a través de la cual se formularon movimientos de renovación de la Iglesia.

La discusión estuvo centrada en las constituciones dictadas por el Concilio. Por ejemplo la constitución *Gaudium et Spes* con sus formulaciones sobre la situación de la Iglesia en el Mundo, impulsaba a los obispos latinoamericanos a enfrentar temas sobre la política y la cultura, distinguiéndose en el debate de estas materias el ya mencionado obispo Helder Cámara y también el obispo de Talca, Chile, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, tantas veces citado, el cual publicó en 1965 una carta pastoral donde se refería a la ambigüedad del concepto «desarrollo» en la realidad de América Latina, el cual, para ser auténtico exigía integrar en él a todas las capas sociales. Esta carta tuvo la influencia en la doctrina de la encíclica *Populorum Progressio* dictada en 1967 por el papa Paulo VI (1963-1978).

El Concilio impulsó a la Iglesia a profundizar la experiencia cristiana renovando la espiritualidad en tres aspectos fundamentales.

El primero una conciencia más lúcida de la autonomía del mundo «en tanto que realidad determinada por su propia racionalidad» asumiendo con ello la modernidad y superando como postura oficial la visión medieval de la cristiandad. Con ello obligaba a los cristianos a un esfuerzo más intenso por prestar atención a la historia a fin de descubrir en esos procesos autónomos la presencia del Espíritu,

es decir, los signos de los tiempos, para captar precisamente en esta autonomía, «el sentido trascendente que la podía salvar.» Se trataba de la fe en medio del mundo, «respetando la mundanidad sin pretenderla someter al poder eclesiástico, pero potenciando las semillas que mostraban la presencia del Reino».

El segundo aspecto se refiere «al re-descubrimiento del significado salvífico de la Fe y de la Palabra revelada que la fundamenta y suscita». «Evangelizar no consiste en el simple proceso cuantitativo de sacramentalización de la gente inculcándole un conjunto de verdades teóricas sobre Dios, no pretende, pues, informar sobre Dios, sino salvar».

El tercero, centrado en una profundización en la auténtica naturaleza de la Iglesia como una comunidad de hermanos que constituyen un pueblo de Dios, anunciando la dignidad del hijo de Dios en todo hombre y en toda mujer, cualquiera sea su raza y condición, llevando así al verdadero sentido de la evangelización que ahora no puede ser colonizadora sino servidora.

«Estos tres acentos fundamentales del Vaticano II, explican la crisis profunda de la Iglesia pos conciliar que intenta hacer explícito todo lo que eso implicaba, a menudo con tensiones a causa de las inercias teológicas, eclesiológicas y pastorales del pasado» ⁵.

El 15 de agosto del mismo año, Monseñor Helder Cámara y un grupo de obispos latinoamericanos publicó la «**Declaración de los obispos del Tercer Mundo**» en la cual, con expresiones muy duras llamaban a realizar el cambio de las estructuras políticas y económicas de los países atrasados.

Este ejemplo fue seguido por muchos otros que publicaron manifiestos que tuvieron gran repercusión en sus países. Así, la declaración de 300 sacerdotes de Sao Paulo en octubre de 1967, la de los sacerdotes por el Tercer Mundo que fue firmada por 320 eclesiásticos argentinos a principios de 1968, la del movimiento sacerdotal peruano (Onis) en Cieneguilla (Departamento de Lima) en marzo de 1968, la de 86 sacerdotes bolivianos en mayo del mismo año, la carta de los obispos de América reunidos en Medellín y firmada por 920 sacerdotes en Buenos Aires en julio de 1968, la de los sacerdotes colombianos de Golconda en julio de 1968 y, por último, el **Manifiesto de la Iglesia Joven** firmado por 212 sacerdotes, religiosos y laicos en Santiago de Chile para explicar las razones de la ocupación de la Catedral de esta ciudad el 11 de agosto del referido año.

Este **aggiornamento** promovido por el Concilio, desembocó en una toma creciente de conciencia de la necesidad de cambios sociales como primera exigencia de la evangelización en América Latina. Esta toma de conciencia se manifestó en la denuncia de la situación global del continente a la que se calificó como inhumana e injusta; en la importancia cada vez mayor que se concedía a la acción del laicado militante; en la necesidad de un cambio en el modelo de la Iglesia existente que era

la que había surgido durante la dominación española; y finalmente en un llamado a constituir una Iglesia comprometida con las inquietudes liberadoras de los pobres.

e. Conferencia de Medellín y su impacto:

La Conferencia de Medellín, la cual fue inaugurada por el Papa Pulo VI, tuvo como objeto obtener la aplicación del Concilio Vaticano II a la realidad de Iberoamérica, enfatizando que la principal perspectiva sería atender al mundo concreto que es el lugar donde se realiza la salvación de Dios.

El Cardenal Silva confiesa que decidió no ir a Medellín luego de terminado el Congreso Eucarístico en Bogotá. Lo hizo porque los periodistas no lo dejaban descansar preguntando sobre la «toma» de la Catedral de Santiago, hecho ocurrido pocos días antes, y confiaba en que los demás obispos lo informarían sobre lo tratado. Sin embargo, cuando tuvo lugar la Conferencia de Puebla en 1979, y aludiendo a los acuerdos de Medellín y a las resistencias que encontraban ahora en el nuevo contexto de la Iglesia, confesó que, como a la mayoría de los obispos, no le interesaban las posturas extremas ni las minoritarias. Agrega en sus memorias que las conclusiones de Medellín fueron un gran esfuerzo por «traducir el Concilio (Vaticano II) a la realidad latinoamericana». Sin embargo, sus documentos (de acuerdo a lo que él expresa) aparecían ahora «influidos por las circunstancias de entonces».

Según los obispos reunidos en aquella ciudad, en el momento en que se celebraba la Conferencia de Medellín, «no hay ningún otro problema (la miseria de los pueblos) que tenga una importancia comparable a esto» por lo que permanecer pasivos y no contribuir a su solución, «constituiría un gran pecado en nuestros países». La toma de conciencia acerca de la injusticia social constituye el principal «signo de los tiempos», re-descubriéndose que el Espíritu se encuentra presente en todo el pueblo de Dios, especialmente en las grandes mayorías pobres por lo que las principales líneas de análisis teológico deberían centrarse en la opción por éstos.

Los autores señalan que de estas orientaciones surgió la llamada «*Teología de la Liberación*» formulada por el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez (n. 1928) entre 1968 y 1971, la que estuvo basada en el reconocimiento del «pecado social» que exigía una «conversión social».

Para comprender mejor las raíces de los mecanismos sociales que provocaban esta situación, los teólogos de la liberación recurrieron a las ciencias sociales y se basaron en la teoría de la dependencia que, por esos años, había sustituido al análisis de Walt W. Rostow sobre el subdesarrollo como etapa previa al desarrollo. Así lo dice uno de los fundadores de esta teología, el mencionado Gustavo Gutiérrez, cuando expresa que «los países pobres toman conciencia cada vez más clara de que su subdesarrollo no es sino el subproducto del desarrollo de otros países, debido al tipo de relación que actualmente mantienen con ellos». También en la encíclica de

Paulo VI ya citada *Popularum Progressio* hay una afirmación en este sentido cuando se refiere al sistema que ha acompañado al proceso de industrialización al cual califica como «nefasto sistema» que ha causado «muchos sufrimientos, injusticias y luchas fratricidas».

Estos mismos teólogos formularon la necesidad de educar al pueblo concientizándolo de su situación para que pudiera superar su situación. Para ello adoptaron las teorías del brasileño Paulo Freire (n. 1921) quien postulaba que la educación popular debía ser equivalente a un proceso de concientización. Como derivación de esto, algunos sacerdotes entraron en contacto con la teoría marxista de la «lucha de clases» fomentándose el diálogo cristiano marxista el cual fue asumido como legítimo.

Otra de las consecuencias de estas conferencias episcopales la constituyó la creación de las «*comunidades eclesiales de base*» las cuales surgieron en un contexto de carencia de sacerdotes. Estas comunidades debían reunirse a comentar el Evangelio sin la presencia del sacerdote. Ellas aportaron al pueblo católico, que sólo tenía contacto con su Iglesia en ceremonias como la del bautismo, matrimonio, funerales y en fiestas de religiosidad popular como romería a la Santísima Virgen o a algún santo patrono, la posibilidad de tener reuniones semanales o quincenales donde descubrían en el evangelio incidencias prácticas para su vida cotidiana. Algunos obispos latinoamericanos como los ya nombrados y también Oscar Arnulfo Romero arzobispo de San Salvador asesinado en 1980, o Enrique Alvear (1916-1982), obispo auxiliar de Santiago, Chile, dedicaron mucha parte de su tiempo a formar y estimular estas comunidades.

f. La última y definitiva circunstancia de don Raúl (1973-1983)

Parece claro que don Raúl Silva no estaba en completo acuerdo con todos los contextos de Medellín ni que tampoco le agradaban demasiado aquellos católicos de ambos signos que lo acechaban desde la extrema derecha y desde la izquierda.

Sin embargo, parece claro que cuando ocurrió el golpe militar el 11 de septiembre de 1973 las disputas quedaron atrás y no dudó un instante en conocer donde estaba su deber. Así lo dice en sus memorias: «Nosotros supimos desde el primer momento que debíamos estar al lado de las víctimas, sin que nos importara su color ni su ideología. Nuestra obligación era salvaguardar la vida humana, y para ello debíamos proteger intransigentemente los derechos de las personas. Yo diría que en esto no hubo nunca desacuerdos entre los obispos de Chile».

No podía haber desacuerdo ya que desde la separación de la Iglesia y el Estado en 1925, estaba pendiente la promesa de una pastora colectiva de los obispos chilenos de aquel entonces. En efecto, el 20 de septiembre de dicho año, los obispos acordaron que aunque el Estado se separaba de la Iglesia, ésta no hacía lo mismo con el Estado «y permanecerá pronta a servirlo, a atender el bien del pueblo; a

procurar el orden social; a acudir en ayuda de todos, sin exceptuar a sus adversarios, en los momentos de angustia en que todos suelen, durante las grandes perturbaciones sociales, acordarse de ella y pedirle auxilio».

Fiel a tales promesas, el notable Prelado *creó una impresionante estructura de ayuda a todos los perseguidos y sus logros en vidas humanas son el monumento que perpetuará por siglos su memoria.*

Santiago, Junio de 1999

Notas

- (1) Véase Cristián Precht: «Un obispo para estos tiempos». En Revista Mensaje N° 320 de 1983.
- (2) Véase Manuel Ossa: «Espiritualidad popular y acción política. El pastor Víctor Mora y la misión Wesleyana nacional. 40 años de historia religiosa y social (1928-1969)». Santiago, Rehue, 1990.
- (3) Palabras del señor José Ramón Gutiérrez en la «Solemne Asamblea celebrada en Santiago de Chile para conmemorar el 50º aniversario de la consagración episcopal de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII. 20 de agosto de 1893». Santiago, Imp. de Emilio Pérez, 1983, Pp. 63.
- (4) Véase Héctor Concha Oviedo; «La Iglesia Joven y la toma de la Catedral de Santiago, 11 de agosto de 1969». Revista Historias, Concepción, N° 7, 1997, páginas 137-149.
- (5) Véase Joaquín Pla: Joan Alsina l'altra versió. Barcelona, Ed. Claret, 1995. Appendix II.

UNIVERSIDAD CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ

SERGIO TORRES PINTO

Rector Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez

Vitalmente comprometido con los grandes desafíos de la sociedad chilena, el Cardenal Raúl -como aprendimos a llamarlo en la cotidianidad del trabajo con los jóvenes, a los que amó y entendió como pocos- forjó en la Universidad Blas Cañas su sueño de una universidad católica «doblemente servidora de la cultura y del pueblo de Chile».

«Una universidad debe ser un lugar donde se elabore y se irradie cultura, tomando esa palabra en el más pleno y vital de sus sentidos. Sin esa preocupación por una apertura a la totalidad de los problemas del hombre, no puede hablarse de auténtica labor de universidad» nos enseñó el Cardenal Raúl, al tiempo que nos instaba a que «todos -tengamos fe o no- luchemos por un humanismo auténtico, respetuoso de la totalidad de los valores humanos».

Como un homenaje de gratitud a quien estuvo tan estrechamente vinculado a nuestro origen histórico, el consejo universitario de esta casa de estudios decidió ya en 1997 tomar su nombre, previa autorización de la Conferencia Episcopal de Chile y de la Congregación Salesiana, entidades a las cuales pertenece esta corporación universitaria. El propio Cardenal Raúl, después de dudar en un primer momento, en un gesto de humildad y recato, consintió por escrito que la institución llevara su nombre.

No podía ser de otra manera, porque si bien quiso mucho las diversas obras que impulsó desde antes de ser arzobispo de Santiago, tuvo una especial solicitud y cariño con esta casa de estudios. A comienzo de los años 80, favoreció personalmente la pertenencia del entonces instituto profesional de estudios superiores Blas Cañas a la Iglesia Católica, como una propuesta alternativa a lo que era la formación de enseñanza superior en esos difíciles momentos de la sociedad chilena.

Como arzobispo de Santiago, impulsó el traspaso del instituto a la Conferencia Episcopal y cuidó y patrocinó ese proyecto. Con ayuda de muchos laicos hizo posible la cooperación internacional para favorecer su desarrollo y construir su plantel. Y cuando dejó de ser arzobispo, lo acompañó con una actitud de pastor solícito, compartiendo con los jóvenes, con los administrativos y con los académicos, y mantuvo siempre un profundo nexo afectivo y pastoral con esta comunidad universitaria.

Por merecido que sea, el homenaje no agota el sentido de nuestro cambio de nombre.

Por sobre todo queremos cultivar en este proyecto educativo parte de la hermosa herencia que el Cardenal Raúl nos está legando con su obra, hecha de tantos signos, de tantos gestos comprometidos con la historia de sus contemporáneos, con sus gozos, sus sufrimientos y sus esperanzas.

En esta casa de estudios, que cuenta con más de 4.500 alumnos y con una comunidad docente y administrativa que hace suyos los valores de solidaridad, compromiso con los desposeídos y defensa de los derechos de la persona humana que animaron la vida y obra del Cardenal Raúl, queremos materializar su legado de pastor, estrechamente comprometido con la historia de su pueblo y profundamente vinculado a la renovación de la Iglesia Católica posconciliar, pues creemos que esa forma de asumir su vida pastoral, su testimonio personal y su compromiso de fe tienen mucho que enseñar a los jóvenes de hoy.

Por eso nos proponemos traspasarles su memoria y compartirla con ellos como un preciado tesoro. Por eso nos proponemos un proyecto educativo que no se agota en sí mismo, sino que es entendido como un servicio a la cultura de nuestro pueblo, que aspira a formar profesionales idóneos en sus respectivos campos disciplinarios y comprometidos con el destino de su país.

La vida pastoral y su obra deben enseñarnos a madurar un estilo universitario pertinente para los jóvenes y para los desafíos de nuestra sociedad actual, siendo su legado como un sello de nuestra identidad.

En una universidad como la que soñó el Cardenal Raúl y en su homenaje, estamos creando un centro de estudios de la juventud que pueda aportar antecedentes sobre su realidad y entregar propuestas sobre el modo de mejorar su desarrollo en el seno de nuestra sociedad.

Como uno de los signos de su legado, hacemos nuestro su llamado pleno de vigencia para toda la sociedad: **«¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con su testimonio un estilo de vivir entusiastamente!».**

CONQUISTADO POR DON BOSCO

P. NATALE VITALI FORTI / PROVINCIAL SALESIANO

La Pascua de nuestro querido Cardenal Raúl Silva Henríquez fue para mí un intenso momento de gozo y de dolor.

Dolor porque se había ido un hombre se supo encarnar en su vida el Evangelio de la misericordia; porque se esforzó para discernir los signos de los tiempos en un momento histórico muy difícil de la historia de Chile. Pude acompañarlo durante su enfermedad, estar cerca de él en la clínica y en la casa de reposo de los Salesianos. Siempre contento, esperando el momento con el corazón amante en su "buen Dios".

Gozo porque había sido mi "padre" en la fe: él me había ordenado sacerdote aquel 31 de julio de 1982. En esa tarde, dándome un abrazo, me dijo: "*Este abrazo es de parte de tus padres que no han podido estar presentes en tu ordenación sacerdotal*". Fue un gesto cercano y cariñoso de un padre que sabe estar presente y querer a los hermanos.

Como salesiano, siempre lo hemos admirado. Don Raúl siempre se sintió y vivió como un auténtico salesiano, se sintió "*conquistado por don Bosco*" y, en su vida, vivió plenamente el carisma salesiano:

- * su amor vivo e intenso a Cristo: *he buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor; aquí está la clave de tanto trabajo y actividades a favor de las personas;*
- * su cercanía a los niños y jóvenes: *En los primeros y últimos años de mi ministerio sacerdotal, a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad;*
- * su sentido de pertenencia a Chile y a su gente: *He amado intensamente a mi país; es un país hermoso en su geografía y en su historia; les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación;*
- * su servicio desinteresado a los pobres y necesitados: *desde niño los he amado y admirado; me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra; la miseria no es humana ni cristiana;*
- * su amor tierno y profundo a Don Bosco y a María Auxiliadora: *fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres, a la Virgen Santa me encomiendo ya que ella es el auxilio de los cristianos.*

El pueblo de Chile le rindió un homenaje sentido y merecido. Muchos fueron los que quisieron despedirse de él, verlo por última vez y tocar su ataúd. Para hombres y mujeres, de todos los credos religiosos, tuvo una palabra. Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

Gracias, don Raúl por tu vida entregada a Dios y a los hermanos.

A nosotros nos toca transmitir tu mensaje y hacerlo vida.



FRAGMENTOS DEL PENSAMIENTO ECONOMICO DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ

REINALDO SAPAG CHAIN
Consultor de la O.N.U.

A principios de 1979, conversábamos con don Raúl acerca de la efervescente situación existente en el país, producto de una serie de factores que generaron una inusitada tensión entre la Iglesia y el Gobierno.

A finales de 1978 se revelaron los crímenes de los hornos de Lonquén. En el año 1979 la justicia había declarado la amnistía para los responsables de esos crímenes y el Gobierno había ordenado sepultar los restos de los macabros hallazgos, sin conocimiento de sus familias.

La situación económica no era menos grave. El modelo de economía neoliberal estaba causando efectos desastrosos en los trabajadores. Se apreciaba una creciente concentración del poder económico en unos pequeños grupos que pugnaban vorazmente por lograr la supremacía de uno con respecto a los otros. Fue el año en que el General Pinochet censuró buena parte de la homilía que don Raúl intentó entregar al país su visión de los graves problemas que ocurrían en Chile. Se le dijo al señor Cardenal que el texto del mensaje -que se le pidió mostrar previamente a su alocución en la Catedral- no sería aceptado por la junta, la cual podría retirarse del templo.

El Cardenal reaccionó con enojo, pero aceptó eliminar la mayor parte del texto. Leyó al final un disminuido discurso en el que sólo quedaron las invocaciones a Dios.

En la parte pertinente a la situación económica del país el mensaje completo que el señor Cardenal quiso expresar y que no pudo decir era el siguiente:

Los obispos en Puebla hemos afirmado las mismas doctrinas que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las iglesias, todos los episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción «es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal

de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión». No será efectivo -decimos nosotros- si no se oye la voz de Cristo el Señor.

Habíamos acordado con don Raúl que para esa misma fecha de su homilía en la Catedral, sería muy importante que un grupo de laicos comprometidos con la doctrina social de la Iglesia, respaldáramos la posición de la jerarquía a través de un documento público.

Conversé sobre ello con el economista Humberto Vega, quien a la fecha estaba a cargo del Programa Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano, institución creada por el señor Cardenal en 1976 de la cual yo era su secretario de Finanzas y don Raúl su Presidente. El directorio de la Academia estaba compuesto, además de nosotros dos, por destacadas personalidades del mundo intelectual y académico del país entre los que se encontraban el padre Beltrán Villegas, el padre Renato Poblete, Edgardo Boeninger, Fernando Castillo, Domingo Santa María, Ricardo Jordán y Duncan Livingston.

De esta forma nos pusimos de acuerdo con Humberto y con don Raúl para editar en septiembre de ese año, un documento que, revisado y trabajado junto con él, pudiera expresar una opinión distinta a la de los economistas de Gobierno y de grupos católicos que públicamente aparecían discrepando de don Raúl y la jerarquía.

Así, en septiembre de 1979 se edita bajo el alero de la Academia de Humanismo Cristiano un documento titulado «*Ante un deber de conciencia, de fidelidad y de justicia social*» el que aparecía firmado por Humberto Vega y por mí. Don Raúl había tenido una activa participación en su revisión y en aportar antecedentes que permitieran que el documento reflejara con fidelidad los planteamientos del Magisterio de la Iglesia y su propio pensamiento

El documento se iniciaba de la siguiente manera:

Desde fines del año pasado, diversos grupos de católicos han manifestado públicamente sus puntos de vista divergentes con la jerarquía de la Iglesia. Ellos han sostenido su firme convicción de que no hay contradicción entre la doctrina o la moral católica y el proceso de llevar a cabo la nueva institucionalidad por parte del gobierno; tampoco lo hay, señalan, en el contenido fundamental de la estrategia de desarrollo social y económico que el gobierno impulsa. Por otra parte, a juicio de estos grupos, las posiciones manifestadas por el Magisterio de la Iglesia constituyen una intromisión en materias que no son de su incumbencia, para las que no tienen competencia y que implican el renacimiento de un nuevo clericalismo que conllevaría el peligro de coartar la libertad de los católicos, estarían produciendo el alejamiento del culto religioso de católicos que respaldan al actual Gobierno, provocando conflictos entre la Iglesia y el Estado.

Como creemos que las posiciones enunciadas por estos grupos discrepantes no tienen fundamento doctrinal ni pastoral, y sí una clara intención política de aislar a la jerarquía del laicado y de los verdaderos problemas que enfrenta el pueblo chileno, hemos creído necesario señalar nuestra posición sobre las tareas y responsabilidades que debemos asumir como católicos ante la actual realidad nacional y frente a la cual, la Iglesia ha cumplido con su derecho a precisar su posición de acuerdo al Evangelio, a la doctrina católica y a las orientaciones pastorales, tan claramente precisadas en múltiples documentos papales, encíclicas y mensajes que constituyen la palabra de la Iglesia y, por lo tanto, el deber de conciencia de tratar de comprenderla, obedecerla y acatarla. Este derecho ha sido ratificado en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, que continúa con la línea doctrinal del Concilio Vaticano II: «*El Magisterio de la Iglesia*» es el único intérprete auténtico de la Palabra de Dios. Aún más, es la verdadera palabra de Dios y el Magisterio de los Obispos debe aceptarse con el religioso respeto (Confer. L.G. N° 25 D.V. N° 10). Todo católico, sea éste laico o sacerdote, debe aceptar la palabra de los Obispos, la que en definitiva constituye la verdadera Palabra de Dios.

No se puede imprudentemente juzgar las enseñanzas de los Obispos, no puede el laicado, ni siquiera los sacerdotes, dudar con ligereza de la prudencia y equidad que detentan por el propio carisma que poseen. Cuando los Obispos expresan su pensamiento cumpliendo con el derecho y deber que les corresponde para enseñar la doctrina social, están cumpliendo con lo que constituye la esencia de sus altas investiduras espirituales.

La Iglesia ha ido desarrollando, a través de los siglos, su enseñanza social. «Ella representa la aplicación y la extensión de sus principios de moral naturales y revelados a la vida de los hombres en sociedad, en función de las necesidades y de los problemas propios de cada época. Puede seguirse este desarrollo en las obras de los Padres de la Iglesia, en sus doctores, en los teólogos escolásticos hasta en los escritores católicos de nuestro tiempo, que conocen la eflorescencia de la doctrina social» (Radiomensaje del 1° de Junio de 1941. C.E.D., p. 473, N° 14)

Este deber de la Iglesia de todos los tiempos es también un deber en el Chile de hoy. Lo fue ayer y también lo será mañana, cualesquiera sean las circunstancias en que se desenvuelva la vida social. Nadie puede negar este deber. El hombre podrá desarrollar la técnica y la ciencia, las cuales por definición siempre han de estar a su servicio. Todas las ciencias, en su desarrollo, se aplican finalmente al hombre para satisfacer sus necesidades.

De este modo, la aplicación de la ciencia y de la técnica al servicio del hombre, el respeto a la vida humana y sus derechos, constituyen elementos que necesariamente caen bajo el juicio de la moral. Y esto es lo que los Obispos chilenos han manifestado: el juicio moral que a ellos compete frente a la aplicación

tecnocrática y deshumanizada de la ciencia, que ha traído como consecuencia el dolor, la injusticia y el sufrimiento a tantos chilenos.

«El Magisterio eclesial no pretende entrar en lo científico-técnico, pero no puede renunciar a lo que es su derecho y deber de subrayar el valor moral de la honestidad intelectual que ponga como centro focal al hombre, al hombre entero, en su dimensión corporal, espiritual y religiosa. Por ello la Iglesia, experta en humanidad, escruta los signos de los tiempos a la luz del Evangelio» (Cf. *Gaudium et Spes*, 4,1), comparte las aspiraciones del hombre, sufre con él y desea que alcance su pleno desarrollo de una «visión global del hombre y de la humanidad» (Cf. *Populorum Progressio*, 13)

De esta manera, la Iglesia exige, fomenta y comparte la búsqueda de distintas soluciones tratando de descubrir en ellas, con el carisma que la asiste, aquellas que más se acercan al espíritu evangélico.

A la luz de los planteamientos anteriores queremos puntualizar que a seis años de gobierno militar, es posible constatar la existencia de 5 graves problemas:

a) La paz interna y la unidad de los chilenos, b) las relaciones con la comunidad internacional; c) la creciente y aguda desigualdad económica y social; d) la recuperación de la soberanía y legitimidad para diseñar, aprobar y aplicar una nueva institucionalidad; e) el respeto y la vigencia de los derechos humanos. Todos estos problemas envuelven responsabilidades y opciones éticas que no están al margen del juicio evangélico y de las enseñanzas pastorales de la Iglesia.

El tercero de estos problemas, que denomináramos «*la creciente y aguda desigualdad económica y social*», requirió de varias jornadas de trabajo con don Raúl, reuniéndonos en la casa de descanso que el Arzobispado aún mantiene en Melocotón, justo al frente donde Augusto Pinochet construyó una casa que implicó un bullado caso y una polémica de proporciones por el origen de los fondos utilizados para la compra del terreno y su construcción posterior.

El documento señalaba textualmente:

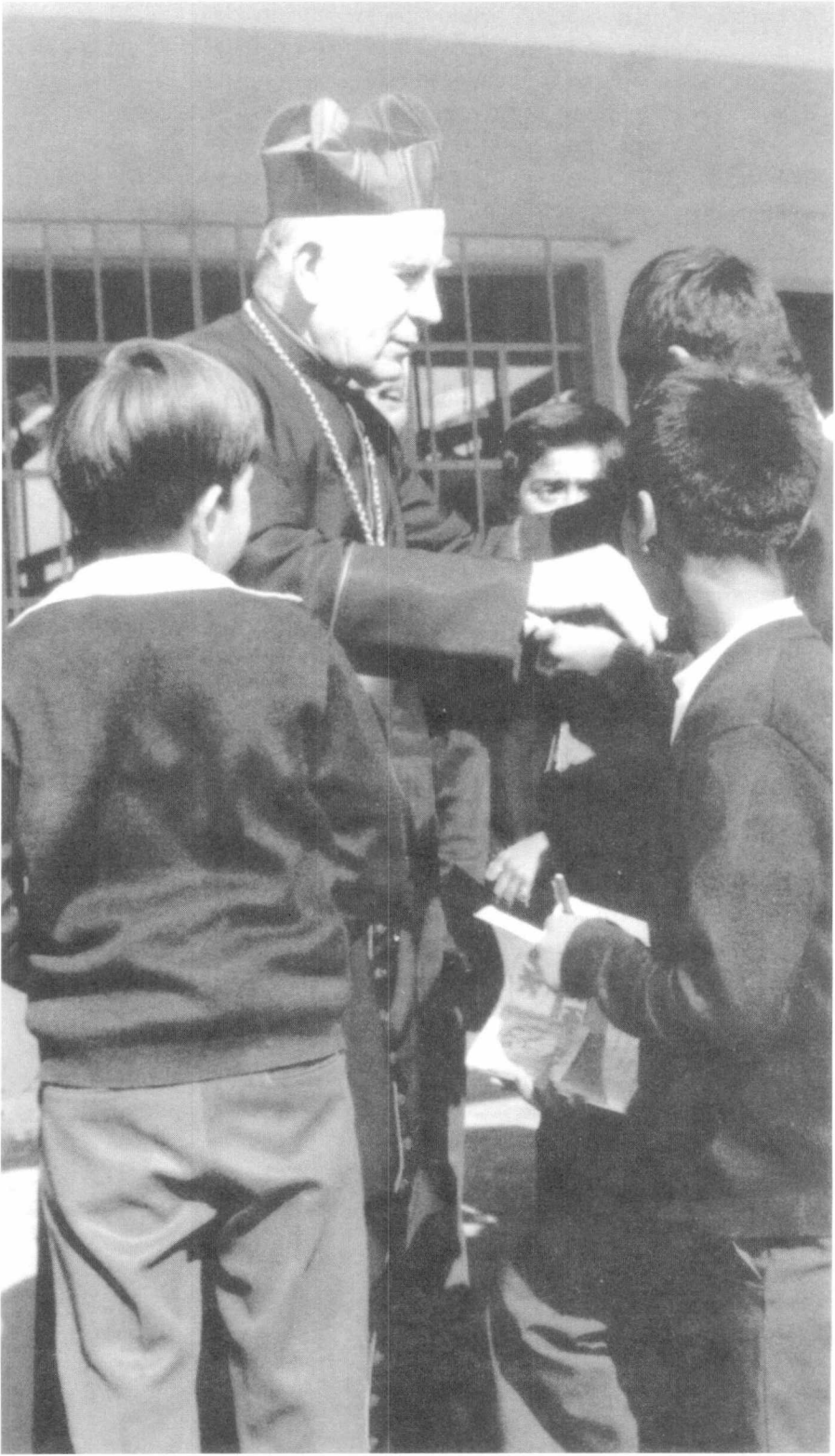
El problema de la creciente desigualdad económica y social entre los chilenos se origina en la aplicación dogmática y autoritaria de la estrategia económica y social del Gobierno. Esta estrategia ha favorecido un proceso acelerado de concentración de la propiedad, el ingreso y el control de los recursos económicos. Este proceso al ser acompañado por una reducción de las funciones redistributivas y de protección de los grupos más débiles por parte del Estado, la negación o suspensión de los derechos de los trabajadores y la represión directa o indirecta a sus organizaciones, ha generado un abismo humano entre una minoría privilegiada y una mayoría marginada de los beneficios de la estrategia económica y social. La creciente desigualdad atenta contra la justicia y la fraternidad entre los hombres, esencialmente iguales por naturaleza y destino, tal como lo revela nuestra fe y lo enseña la tradición católica. Esta discriminación en la distribución de los frutos del

trabajo humano es agudizada por fenómenos que violentan la tradición moral de la Iglesia como son los de la usura, explotación y degradación humana de los trabajadores que la Iglesia ha condenado desde sus mismos orígenes. Resulta peregrino tratar de eludir esta condenación apelando a la ciencia económica, que a lo más podrá dar una explicación provisoria de las causas que generan estos fenómenos, pero nunca podrá dar una explicación provisoria de las causas que generan estos fenómenos, pero nunca podrá legitimarlos moralmente.

«Para que la economía sea de veras para el hombre, ella debe ser impulsada y orientada por los dinamismos auténticamente humanos. No puede evitarse que el hombre sienta el influjo de los instintos del interés y de la competición; pero tales instintos no pueden ser los que guían ciegamente la economía, sino que han de ser disciplinados, humanizados, integrados, en la esfera de las finalidades superiores del hombre. Lo contrario sería caminar no por sendas de libertad, sino por sendas de un materialismo inhumano que lleva a la descomposición social». (*Populorum Progressio*, 26). La economía, además, no es sólo para el hombre sino que debe ser conducida por el hombre, o mejor, por los hombres solidariamente... La Iglesia presta un servicio a la economía invitándola a procurar nuevas formas de participación que no se agotan a nivel de gestión de las empresas, sino que deben llegar a aquellas instancias superiores en las que se toman las decisiones económicas y sociales de las que depende el futuro de los trabajadores y de sus hijos.

Mucho se puede decir del pensamiento de don Raúl en torno a la economía. Para él, los problemas económicos eran vistos como un desafío para los laicos en orden a buscar fórmulas técnicas que hicieran posible llevar a la práctica los postulados de la doctrina social de la Iglesia. No se puede amar a Dios, nos enseñaba don Raúl, sino somos capaces de amar a nuestros hermanos. ***Y el amor a nuestros hermanos pasa por la adopción de medidas concretas que sean capaces de resolver las enormes injusticias y desigualdades que el modelo económico impone a la sociedad en su conjunto.***

Santiago, Julio de 1999.



Don Raúl desde el Mundo Juvenil

OSVALDO BADENIER
Presidente de la J. D. C.

Sin lugar a dudas que el tratar de aportar nuevos antecedentes sobre la multiplicidad de factores que rodearon la vida, el aporte y finalmente el legado de un hombre de nuestra tierra, como lo ha sido el Cardenal Raúl Silva Henríquez, resulta de un desafío de marca mayor. No es nuestro objetivo el realizar una biografía acerca de la vida de un hombre, sacerdote salesiano, Obispo y Cardenal de la Iglesia de Chile. Mucho es lo que ya se ha escrito y dicho sobre la vida del Cardenal, mas quisiéramos concentrarnos sobre nuestra apreciación como jóvenes y de cómo hemos recibido un testimonio y un testamento de consecuencia en la acción.

En primer lugar es conveniente señalar que Raúl Silva Henríquez, fue un formador de jóvenes. Desde su perspectiva salesiana y con el carisma heredado de Don Bosco, encontró en la educación y en la formación de jóvenes una especial forma de servir al prójimo, podríamos señalar que a través de la educación y de la juventud tuvo un privilegiado acercamiento a las temáticas juveniles que nunca eludió, sino que por el contrario, fue uno de sus promotores e impulsores. Así, por ejemplo, podemos situar a la figura de don Raúl en un visionario que puso sus esfuerzos relacionados con la juventud en temas que en estos tiempos eran bastante incomprendidos: *la apuesta por la educación y la igualdad de oportunidades entre los jóvenes de Chile*. Por ello y enfatizando su apego a la importancia que la educación podría tener en el desarrollo de tantos y tantos jóvenes no duda en crear la Vicaría para la Educación, la Vicaría de Pastoral Juvenil y la Pastoral Universitaria, instancias ciertas de participación y de formación humanista y cristiana, que ha ayudado a formar a los nuevos dirigentes juveniles de nuestra patria, un legado del que los autores de este texto han sido partícipes y seguramente sin este insumo hoy estaríamos preocupados de tantas otras cosas, pero Chile y su desafiante futuro nos convoca, gracias a los esfuerzos del Cardenal.

Otro de los elementos que podemos destacar de la experiencia de vida de Raúl Silva Henríquez y que motiva y transforma la vida de nuestros jóvenes es el hecho de haber hecho de su vida, un testimonio viviente. Con ello queremos señalar que uno de los elementos que hoy en día más aleja a los jóvenes del quehacer nacional, de la política y lo que muchas veces se reclama desde la marginalidad es la falta de ética de quienes los dirigen, de sus autoridades políticas y parlamentarias, de falta de compromiso. *¿Porqué los jóvenes de Chile sintieron la partida de don Raúl ?* ¿Porqué si muchos de quienes se volcaron a las calles ni siquiera conocieron al Cardenal, lo hicieron con gratitud, euforia y las sensaciones encontradas de cuando parte un hombre bueno, lo hicieron?. Ciertamente, porque en él se hacen patente los valores que la sociedad chilena ha hecho suyos por muchos años. Podríamos hablar

de Humanismo Cristiano hecho carne, de anteponer cualquier atisbo de interés personal a los intereses superiores del país, de ser capaz de liderar con fuerza y entereza los procesos de cambio social, político y económico que vivía Chile. Los aportes al proceso de Reforma Agraria, Educación Básica Obligatoria y gratuita, entre otros tantos procesos reformadores que se dieron inicio en los últimos 30 años, no hacen otra cosa que fortalecer la imagen de un hombre que no se introdujo en la Iglesia para aislarse y dedicarse a sólo sus asuntos pastorales, la transformación en un líder de opinión fuerte y profundo, fecundo en sus acciones, que en la Dictadura Militar, se ve con mayor nitidez, ante la desaparición de las instituciones políticas formales, encargadas de poner fin a la violación sistemática de los Derechos Humanos, a través de Comité Pro Paz primero y de la Vicaría de la Solidaridad después. Son hechos y acciones. Son elementos que hacen de una vida humana, consagrada al servicio de Chile y de su gente, de su Iglesia, de sus jóvenes, de sus trabajadores. Quienes ya conocimos en los días primeros de esta década a don Raúl, nos dimos cuenta que estábamos frente a la *presencia de un hombre bueno que fue providencial para los momentos que vivía el país* y que no nos quedaba otra que asumir un mensaje de servicio a los mas postergados, de liderar y profundizar los cambios que todavía se requieren para hacer de este país un lugar para todos, en especial a los mas sencillos, a sus regalones de tantas obras que conocieron de la mano y de la vida de don Raúl.

Santiago, Julio de 1999